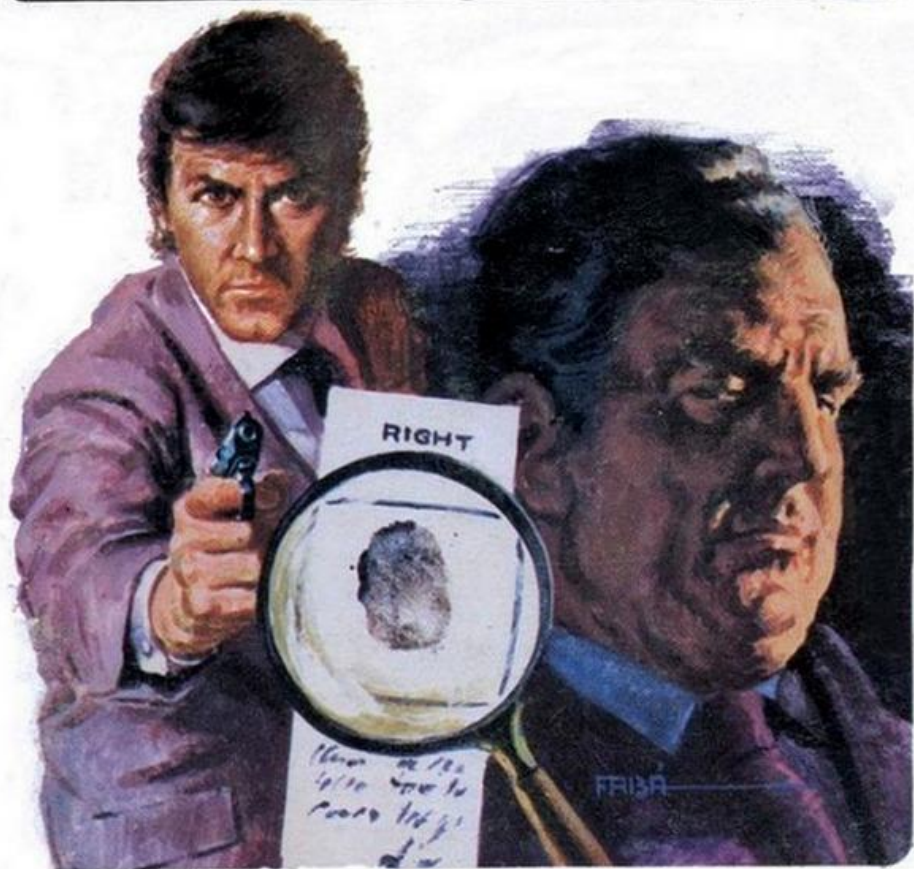




Lou CARRIGAN

LOS ELEGANTES





eb

LOU CARRIGAN

LOS ELEGANTES

Colección LA HUELLA n.º 53
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 35410-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: noviembre, 1975

© Lou Carrigan - 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

PRELUDIO

El hombre cruzó la blanca y elegante pasarela que desde el borde del pequeño muelle situado al sur de Belle Isle llevaba al flamante yate, de un blanco impecable, impoluto.

Iba seguro de sí mismo, pero vigilante también. Miraba a todos lados, como temiendo la posibilidad de que algo no fuese de acuerdo a lo convenido.

Pero no.

No había peligro.

El yate parecía completamente vacío, de modo que las cosas tenían que salir bien; tal como habían sido planeadas... ¡Con qué astucia pueden a veces prepararse las cosas! Y con elegancia. Nada de cortar el cuello a nadie, o de llenarle el cuerpo de plomo... y cosas por ese estilo... No, no... Siempre se obtienen más resultados empleando la elegancia que la violencia. Bueno... La elegancia y una buena dosis de astucia.

Pero nada de violencia.

Llegó a la entrada de dos puertecitas batientes que llevaba al interior del yate, donde estaban los camarotes, el *living*, los servicios privados de comunicación y abastecimiento... Miró a todos lados y sonrió. Luego empujó las puertecitas y entró, encontrándose ya en el primer peldaño de madera. Los bajó todos y se encontró en el magnífico *living-yacht*, donde un hombre estaba leyendo el Miami Herald a la luz suave de una de las lamparitas del rincón.

El recién llegado, todavía sonriendo burlonamente, saludó:

—Buenas noches, señor Henderson.

El llamado Henderson dejó el periódico a un lado y se quedó mirando con sonrisa de complicidad al otro.

—Hola, Blundell —a pesar de la sonrisa, su voz resultaba más

bien un tanto seca, áspera—. Quiero decirle que es la última vez que accedo a una entrevista tan... directamente personal. Y menos en mi yate. Es peligroso.

—Lo entiendo, señor Henderson. Pero tenía que recurrir a alguien y me pareció que usted era la persona indicada. Estoy en un apuro, y me dije: ¿por qué no pedir ayuda a Mark Henderson? Al fin y al cabo, es un compañero en este trabajo de espionaje a favor de los comunistas... Por eso le llamé, le pedí que nos viésemos..., y aquí estamos.

—No tengo mucho tiempo que perder, Blundell. Seamos breves en beneficio de todos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor Henderson. A fin de cuentas, dentro de este grupo de espías, usted está considerado como superior mío. Eso, por otra parte, significa que está obligado a resolver mis apuros...

—Cuanto más tiempo pierda hablando, mayores serán los apuros de todos nosotros, Blundell. Dígame exactamente qué es lo que ocurre, y le buscaremos una solución al problema.

—Muy bien, señor Henderson.

—¿Qué ocurre, pues?

—Creo que estoy localizado.

Los dos hombres quedaron silenciosos después de que Blundell hubo dicho lo último. Se miraban y sonreían, lo cual no estaba de acuerdo con sus secas palabras, su tono preocupado...

—¿Localizado? —musitó Henderson—. ¿Por quién?

—No lo sé... Supongo que por el FBI, aunque no hay que descartar a la CIA.

—¿Está loco? ¿Me cita en mi yate sabiendo que tiene detrás de usted a la CIA o al FBI? —masculló Henderson—. ¡No tiene por qué delatarme a mí tan sólo porque usted esté en peligro, Blundell! Estamos traicionando a Estados Unidos al trabajar para el espionaje soviético, no robando manzanas... ¿Se imagina lo que puede ocurrirnos si nos atrapan?

—Me lo imagino —dijo secamente Blundell—. Por eso he venido a pedirle ayuda.

—¡Pero no a mi yate, de un modo tan descarado...! ¡Seguro que lo han seguido, Blundell, y en estos momentos saben mucho más que antes!

—No se preocupe por eso, Henderson. Estoy seguro de que nadie

ha podido seguirme. Estarán todavía con las narices pegadas en mi apartamento, como unos lobos... Y mientras, usted va a ayudarme a escapar... Bastará un poco de dinero... y que me deje en una playa de Cuba o las Bahamas con su yate.

—¿Es una broma, señor Blundell? Puedo darle todo el dinero que quiera, pero de ninguna manera podría disponer de mi yate por ese tiempo... No olvide que mañana por la noche tengo la fiesta en mi quinta, la recepción con rueda de prensa de la cual pueden salir tantas cosas buenas para quienes bien nos están pagando.

—Mire... A mí, en estos momentos, no me importa demasiado los amos rusos, señor Henderson, ni su servicio de espionaje al cual estamos sirviendo. Lo que me importa es desaparecer..., y que sea pronto... ¿Lo entiende el gran senador?

—No se ponga desagradable, Blundell. Precisamente es por ser senador que tengo Quenas oportunidades.

—Que serán mayores ahora, si todo sale bien. Desde la Casa Blanca se puede rendir mucho más para los soviéticos, ¿no?

—Así es.

—Bien... ¿Qué hacemos conmigo? Tengo que desaparecer rápidamente, cuando antes mejor, no lo olvide...

El llamado Mark Henderson se puso en pie.

—No lo olvido —sonrió.

Sacó una pistola fabricada ya con silenciador, apuntó desganadamente a Arthur Blundell y apretó tres veces el gatillo.

Blundell, que había sonreído al ver la pistola, como ante una divertida broma, parpadeó, casi sin moverse, al recibir los tres balazos en el centro del pecho. Unas balitas delgadas, pero que sabían llegar a su destino perforando la carne.

La boca de Blundell se abrió, más que en un gesto de dolor, en uno de asombro infinito. Luego, se crispó, y los ojos empezaron a cristalizarse rápidamente.

Un chorrito de sangre se deslizó por un lado de su boca. Dio un paso hacia delante, le fallaron las piernas y cayó por fin, de bruces, rodando sobre la alfombra tras el rebote.

Mark Henderson se guardó la pistola, comentando en voz alta:

—Eres demasiado peligroso para continuar con vida, Blundell, de modo que mejor estás así, bien muerto. Y aunque siento haber tenido que matarte, mi seguridad está por encima de la tuya... y de

la de cualquiera.

Sonrió y miró hacia una de las puertas, que se había abierto apenas pronunciadas por él las últimas palabras. Apareció otro hombre, muy elegante, de buenos modales, que sonrió burlonamente.

—Buen trabajo —elogió—. Todo perfecto.

CAPÍTULO PRIMERO

El inspector Gordon, jefe de la Delegación del FBI en Miami, acabó de leer el montón de papeles que formaban el informe que había sido sometido a su aprobación, tanto en su contenido como en su forma.

Miró a los tres agentes que tenía ante él, sentados alrededor de su mesa, fumando a la espera de su decisión.

—Buen trabajo, muchachos... —aprobó—. Como complemento a las investigaciones realizadas en otros lugares y por otros grupos del Servicio, creo que esto es inmejorable. Incluso diría que exhaustivo, definitivo por sí mismo. Sí, señor: buen trabajo.

Los tres agentes sonrieron, complacidos. Daba gusto tener un jefe que sabía elogiar un duro trabajo, y comprenderlo.

—Gracias, señor —dijo uno de ellos—. Como siempre, hemos hecho todo lo que se ha podido.

—Que ha sido mucho... —sonrió Gordon—. ¿Qué tal si os vais ahora a descansar unas horas y mañana os pasáis el día en la playa?

—¡Estupendo, señor! —exclamó otro de los «G-men»

—. Pues hala, fuera de aquí. Largo, largo...

Los tres agentes se pusieron en pie, casi riendo. Estrecharon la mano de su jefe y salieron del despacho, satisfecho de aquellos días de pesado, laborioso y casi rutinario trabajo..., que apenas le había dejado tiempo para dormir o tomar unos bocadillos sobre la marcha.

Gordon esperó todavía un par de minutos, hojeando el informe, antes de mover una tecla del «intercom».

—¿Señor?

—¿Ha llegado, Lloyd?

—Sí, señor. Está esperando aquí, conmigo.

—Acabó la espera; que pase.

Ordenó los papeles. Oyó abrirse y cerrarse la puerta, las pisadas que llegaban hasta delante de su mesa, y notó la recia presencia del hombre que iba a jugar la última carta.

Alzó la vista y sonrió al hombre de seis pies, cabellos rubios, ojos grises, hombros anchos y porte elegantísimo que tenía ante él, expectante.

—¿Qué tal, Camillus?

—Bien, señor; gracias. ¿Y usted?

—Estupendamente. ¿No quiere sentarse?

Camillus Chaney se sentó. Hasta para un acto tan simple era elegante. Una elegancia natural, tan encajada en aquel hombre como sus brazos o su cabeza. Vestía bien, sin un solo exceso o detalle que llamase de modo especial la atención. Todo lo que llamaba la atención era, precisamente, que aquella elegancia, aquella soltura de gestos, aquella actitud correcta y siempre precisa, fuesen naturales.

—Tengo otro trabajo para ti, Camillus.

—Bien... No es nada nuevo, señor. Para eso cobro del FBI.

—Claro... Lo que quiero decirte es que tengo otro trabajo para el más elegante y serio de mis agentes.

—¿«Smoking» y pajarita al cuello, señor? —sonrió Camillus.

—Eso, y todo lo que se presente. ¿Has oído hablar de Mark Henderson?

—Desde luego. Los periódicos se ocupan bastante de él últimamente. Se dice que el presidente lo ha requerido para un puesto en la Casa Blanca.

—Exacto. Y, como suele suceder, el presidente ha pedido al FBI que haga una investigación a fondo de Mark Henderson. Ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

—Claro, señor. Entrar en la Casa Blanca no es cualquier cosa. Y no es ni el primero, ni será el último hombre que sea investigado por nosotros a instancias de la Casa Blanca. Incluso el Miami Herald hace comentarios respecto de esas investigaciones sobre la vida pasada y presente de Mark Henderson.

—Debería suponer que quien ha llegado a senador puede soportar ya cualquier clase de investigación, ¿no crees?

Camillus Chaney encogió los hombros.

—El presidente tiene derecho a procurarse la máxima seguridad dentro de su gabinete. Por otra parte, tales investigaciones suelen ser rutinarias, en cierto modo, ya que el presidente no puede decir que investiguemos a uno y a otro no. Existe esa norma, nosotros hacemos nuestro trabajo, elevamos el informe, y a otra cosa... ¿O es que está ocurriendo algo especial, señor, con respeto a Mark Henderson?

—Toma... —Le tendió la carpeta—. Éste es el informe que hemos elaborado en nuestra Delegación. Léelo.

Camillus hojeó el largo y minucioso informe.

—Para leer esto de modo que no se me olvide nada, voy a necesitar por lo menos dos horas, señor.

—¿Acaso tienes algo más importante que hacer? —sonrió Gordon.

—Desde luego que no, señor.

—Pues ponte cómodo y lee. Como si yo no estuviese, Cam.

—Sí, señor.

* * *

—¿Y bien? —preguntó Gordon.

—Es un informe excelente para ambas partes. Nuestros compañeros han trabajado magníficamente y el señor Henderson ha dejado demostrado que es un hombre sin tacha alguna, sin nada que esconder y sin nada de que avergonzarse... Habrá que felicitarle.

—Buena idea... —sonrió Gordon—. Pero esperemos a que esté ya en la Casa Blanca. Lo contrario podría resultar prematuro, ¿no te parece?

—Pues sí... Pero con un informe como éste, el presidente estará encantado de recibir en su gabinete a Mark Henderson. Mmm... ¿Qué tengo yo que ver en todo esto, señor, si el informe ya está hecho en lo que respecta a Miami?

—¿Te gustaría asistir a una fiesta?

—Me encantan las fiestas. ¿Es su cumpleaños quizá, señor?

—No, no... —rió Gordon—. Me estoy refiriendo a una de esas fiestas en las que tú estás como pez en el agua, con tus modales impecables, tu inteligencia, tu discreción De «smoking», naturalmente.

Camillus Chaney permaneció pensativo unos segundos. Luego, sus inteligentes ojos grises miraron a Gordon con una lucecita de sonrisa en el fondo.

—Okay, señor, comeré caviar esta noche. Y champaña. Lo más bueno de todo es que no tendré que pagarlo yo.

—¿Sabes ya adónde vas a ir y cuándo?

—Claro: a la recepción que da esta noche en su quinta el señor Mark Henderson, en la cual habrá una rueda de prensa que recogerá sus impresiones respecto a las posibilidades que tiene de conseguir ese puesto en el gabinete. También estará allí, invitado, otro senador. Rock H. Dowdall, con el cual también se especuló respecto a si iría él o Henderson a ese puesto en el gabinete.

—Tienes buena cabeza, Cam. ¿Qué más?

—Supongo que la Prensa recogerá las impresiones de ambos senadores, que todo serán sonrisas, apretones de manos entre ambos, frases inteligentes y bien elaboradas, sonrisas para los periodistas gráficos, y cosas así...

—Tú serás uno de esos periodistas.

Camillus Chaney alzó las rubias cejas.

—¿Por qué, señor? Todo está muy bien en el informe...

—Pero le falta un poco de... intimidad. Quiero enviar a Washington un informe en el que se digan pequeños pero expresivos detalles personales de Mark Henderson, algo que lo exponga como un auténtico ser humano, no como un... ser que ha sido viviseccionado, estudiado, analizado... sin acercarse a él en ningún momento.

—Entiendo, señor. Y me parece una buena idea. Será para mí un placer exponer mi opinión personal sobre un hombre tan irrefutable.

—Okay, Cam. Ahora, te vas a dar una vuelta discreta por los alrededores de la quinta del señor Henderson, estudias el terreno, memorizas todos los detalles de la quinta e instalaciones... Hay que decir cómo y dónde vive.

—En el veinte de Island Avenue, en Belle Isle, de las Venetian Islands, creo.

—Exactamente. Arréglatelas para hacer un pequeño resumen de todo eso... Que tenga calor, Cam. Luego, a la noche, irás allí con una tarjeta de Prensa que te tengo preparada. Y cuando los demás

periodistas se hayan marchado, tú te quedarás, prolongando el cóctel que os ofrecerán.

Chaney frunció el ceño.

—¿Es eso necesario?

—No. Pero tú lo pasarás bien, y nosotros tendremos el mejor informe que Washington va a recibir respecto a Mark Henderson. Es todo, Camillus.

El

«G-man»

se puso en pie. Miró a su jefe con expresión entre pensativa y desconcertada.

—Bien.

—¿Alguna duda?

—No, señor... Bueno, no quiero parecerle presuntuoso, pero... ¿considera que éste es un trabajo digno de un agente como yo, señor? Quiero decir que soy... otro tipo de agente..., creo.

—Lo eres —admitió Gordon—. Pero no me gusta que mis agentes se oxiden. Y si no hay ninguna misión en la que sea necesario cortar algún cuello, en algo tengo que emplearte. Demonios, Cam: creí que me agradecerías que te invitase a tan elegante fiesta...

—Pues... Oh, sí, señor: se lo agradezco —sonrió Chaney—. Y procuraré pasarlo lo mejor posible. Siempre me gustó tratar con gente elegante.

—Lo cual no quita que seas capaz de matar a un hombre de un solo golpe, ya lo sé. Paciencia, Camillus, quizá salga algo más digno de ti dentro de unos días. ¿Okay?

—Okay, señor. Vendré a la tarde a buscar esa tarjeta.

—Hasta luego, entonces.

Camillus Chaney se dirigió hacia la puerta, la abrió, y se dio de bruces con un tipo más alto que él y más ancho de hombros, con cabellos color zanahoria y ojos color pimienta.

—Vaya... Tony Leopard tenía que ser. ¿Por qué no miras dónde pones tus enormes pies?

—El elegantísimo Camillus... —Palmeó la espalda a Chaney el recién llegado—. ¿Qué es de tu vida, fenómeno?

—Una vida alegrísima... —sonrió Camillus—. Tengo un jefe que me procura toda clase de diversiones.

—Lo contrario que a mí —gruñó Leopard—, que me detesta cordialmente. ¿Estás en órbita, Cam?

—Así es.

—Lástima. Te habría invitado a una fiestecita que doy esta noche en mi quinta...

—Ya me consolaré de alguna manera. Hasta la vista. Tony.

—Adiós, hombre, adiós... —Chaney se fue, Leopard cerró la puerta y fue a dejarse caer en uno de los sillones, bostezando—. Yo diría que Camillus no está muy contento, jefe.

—Llegas siete minutos tarde —gruñó Gordon.

—Cosas del «bus», jefe.

—¡El «bus»! —resopló el inspector—. ¿Desde cuándo prefieres el «bus» a tu «Cadillac»?

—Desde que comprendí que era una excelente excusa para llegar tarde a la oficina.

—¡La oficina! —clamó Gordon—. ¡Llamar a esto una oficina...!

—¿Qué trabajo tengo para hoy?

—Mmm... Tendrás que ayudarme a traducir unas notas escritas en ruso que encontramos... ¡Está bien, está bien, a veces haces trabajo de oficinista, pero aquí se viene a servir al FBI como sea! Y si no, que se lo pregunten a Camillus.

CAPÍTULO II

Mark Henderson era la personificación de la simpatía, la cordialidad, la sonrisa espontánea. Se había llevado a los periodistas y fotógrafos al fantástico *living* de su quinta en Belle Isle, y allá, entre *whiskys*, bromas y su recia personalidad viril, los tenía a todos cautivados, mientras afuera, en las terrazas y jardines, sus invitados celebraban por anticipado su triunfo, su próximo ingreso en el gabinete privado del presidente de Estados Unidos.

—Claro está que no todo va a ser fácil —decía en aquel momento Mark Henderson—. Una de las cosas que más detesto es tener que decir «sí» cuando siento deseos de decir «no».

Hubo unas cuantas sonrisas entre los periodistas. Uno de ellos sugirió:

—¿Supone usted, señor Henderson, que su ingreso en el gabinete del presidente implica una sumisión..., mmm..., inadecuada?

—¡No, señor! —exclamó alegremente Henderson—. Solamente estoy diciendo que me fastidiará un horror decir que me encante la carne de ternera, cuando en realidad prefiero pato al homo.

La carcajada fue unánime. Los periodistas estaban encantados de aquel hombre que a sus cincuenta años mostraba una alegría potente, una jovialidad no ficticia, plena de auténtico vigor.

Uno de los periodistas lanzó una pregunta terrible:

—Señor Henderson, ¿qué opina usted personalmente de nuestro presidente?

Mark Henderson alzó las cejas, quedó pensativo unos segundos, encendió un cigarrillo, dejó que lo fotografiasen en el momento de beber un traguito de *bourbon* con soda y, por fin, expuso su opinión:

—Opino que es demasiado alto y amable. Por lo demás, si él pone un poco de esfuerzo por su parte, nos entenderemos bien: soy

una persona tolerante. Y él es un buen chico.

De nuevo una carcajada unánime. Más fotos. Otro periodista dirigió sus dardos hacia el senador Rock H. Dowdall, hombre esbelto, elegante y serio, de modales impecables y sonrisa fascinante:

—Señor Dowdall, ¿estaría usted conforme con que la elección recayese sobre el señor Henderson, cosa que ya parece decidida?

—Al único que no me gustaría cederle mi puesto es a Fidel Castro. A los demás, los toleraría. Pero si el elegido es Henderson, todo lo que puedo añadir es que le envidio... y que quisiera que él se acordase de mí cuando esté en el reino de los cielos.

De nuevo oyeron risas.

—¿Cuál es exactamente la rivalidad que existe entre usted y el señor Henderson, señor Dowdall?

—Él es más guapo —dijo concisamente Dowdall.

Fotos y más fotos. Los periodistas tomaban notas en sus blocs. Todos, excepto uno, cuya memoria estaba por encima de aquellos garabatos taquigráficos, e incluso por encima de las grabaciones de los pequeños magnetófonos portátiles a pilas.

—¿Qué opina usted de los negros, señor Dowdall?

—Que son muchos.

—¿Demasiados, ha querido decir?

—Son muchos, solamente. Pero llevo días pensando en una solución respecto al color de la piel. Una solución definitiva.

—¿Cuál es? —exclamó un periodista.

—Que todos llevemos gafas de sol.

El grupo de periodistas se excitó en un murmullo que Dowdall cortó rápidamente, añadiendo:

—Bromas aparte, considero que el presidente no es tonto.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Dowdall?

—Que su política sobre el asunto es la adecuada. Estoy seguro de que Mark opina igual que yo. ¿No es así, Mark?

Todas las miradas se dirigieron de nuevo hacia Henderson, que de nuevo estaba pensativo.

—Bueno... —musitó—. Se supone que el cerebro más capacitado de la nación es el del presidente. Todo lo que puedo añadir es que quisiera estar en su lugar. Ya que no puede ser así, espero estar junto a él y ayudarle en todo con todas mis fuerzas.

El murmullo fue ahora de aprobación. Los dos grandes nombres estaban demostrando ya con su actitud, siempre cortés, desde luego, que la rueda de Prensa debía tocar a su fin. Algunos de los periodistas empezaron a guardar sus blocs de notas taquigráficas y otros guardaron sus magnetófonos. Empezaron a desfilarse, abandonando el *living* donde tan bien recibidos habían sido. Rock H. Dowdall salió rodeado por cuatro o cinco de ellos, haciendo comentarios que eran anotados en última instancia.

Por fin, Mark Henderson pudo suspirar a sus anchas. Fue hacia el bar, se sirvió otro corto trago, bebió un sorbito y se volvió, muy serio, dirigiendo su mirada hacia el ventanal a través del cual podría ver a sus invitados...

Se quedó inmóvil, mirando al periodista que todavía permanecía allí. Su sonrisa, que parecía haber languidecido, más bien muerto súbitamente, salió de nuevo a la superficie.

—¿Queda alguna pregunta? —inquirió.

El único periodista que quedaba en el *living* sonrió, como pidiendo disculpas.

—Sí, señor... Quedan algunas preguntas.

—Hágalas... Realmente, creo que debería atender ya a mis invitados, señor...

—Camillus Chaney, señor Henderson. Si está cansado, yo...

—Haga sus preguntas.

—Bien. ¿En verdad prefiere usted el pato asado a la ternera?

—Pues... Sí. Sí, desde luego.

—¿Prefiere el *bourbon* al *whisky*?

—Casi siempre.

—¿Acostumbra ver la televisión?

—Una hora cada día. De las noticias me entero por medio del periódico.

—¿Fuma mucho?

—Diez cigarrillos diarios. Ni uno más, pero a veces menos... ¿Es eso importante, señor Chaney?

—Casi siempre, el hombre es más importante que el político.

Mark Henderson parpadeó.

—Sí... Es cierto, desde luego. Buena penetración la suya, joven. Siga preguntando, si quiere.

Camillus Chaney sonrió suavemente.

—Todo tiene su límite. Espero que cuando esté en la Casa Blanca responderá a las demás preguntas, señor Henderson.

—Lo haré con gusto. Y ahora, si me permite...

Chaney se inclinó un poco. Henderson acabó su *bourbon*, sonrió rutinariamente y salió del *living* dejando solo al «G-man».

Éste permaneció unos segundos en el mismo sitio, pensativo. Luego fue al bar, se sirvió, parsimoniosamente, un jugo de naranja, lo bebió con toda calma y abandonó también el *living*. Había sido una rueda de Prensa interesante. A buen seguro que ya no ocurriría nada que fuese ni siquiera la décima parte de interesante. Pero las órdenes del inspector Gordon indicaban bien claramente que debía permanecer allí después de la rueda de Prensa, de modo que no había opción a otra cosa.

Salió a la terraza general, cerca de la piscina. Parecía que no quedaba ya ningún periodista por allí, y su única preocupación consistía en que Mark Henderson lo recordase como a tal y le preguntase los motivos por los que todavía permanecía en su quinta...

Pero Mark Henderson era demasiado educado para esto. Si uno de los periodistas se quedaba en la fiesta, él era demasiado elegante para tan sólo sugerirle que debía abandonarla. Lo aceptaría allí, se comportaría en todo momento como un caballero, y de este modo se aseguraría la buena voluntad incondicional de uno de los hombres de la Prensa.

Desde el borde de la terraza vio a Henderson conversando con varios de sus invitados. Rock H. Dowdall conversaba en otro grupo, animadamente, llevando la voz cantante, desde luego. Cerca de la piscina, los invitados más jóvenes se dedicaban a bailar y beber bastante copiosamente, pero siempre con aquella elegancia que lo disimulaba todo...

—A usted no le conozco —dijo una voz junto a Camillus, sorprendiéndole.

El

«G-man»

se volvió rápidamente.

—Pues... Oh, señorita Henderson...

—Veo que usted sí me conoce a mí —sonrió la muchacha.

—Lo contrario sería absurdo... ¿Cómo no conocer a la familia del futuro hombre del presidente en su gabinete?

—¿Está usted solo? ¿Se aburre?

—Estoy solo. No me aburro jamás.

—¿De veras? ¿Y cómo se las arregla? Para no aburrirse, me refiero, claro.

—Pues... Pienso en cosas que ocurrieron y en cosas que podrían ocurrir.

—¿Tiene imaginación?

—Mmm... No demasiada.

—Fraude —rió la muchacha—: ¡creí que podría ser usted un novelista!

—Es una tontería ser novelista.

—¿Por qué cree eso? —se asombró la muchacha.

—Porque siempre suceden cosas reales que son más interesantes que las que pueda inventar cualquier novelista.

—Oh... Me llamo Babbie. ¿Y usted?

—Camillus.

—¿Camillus? ¡Qué horror!

—Le aseguro que no tengo la culpa —sonrió Chaney.

—Lo supongo... ¿Usted no sabe bailar, Camillus?

—Sé bailar estupendamente, señorita Henderson.

—Ah...

Camillus se quedó mirando a la muchacha. Era rubita, de ojos muy claros, barbilla redondita y hombros delgados, suaves, que brillaban a la luz de la instalación festiva de la quinta: roja, azul, verde... Su cuerpo era delgado, bien proporcionado. En conjunto, resultaba una muchacha esbelta, sugestiva, simpática.

—Mmm... Quizá... quizá querría usted aceptar bailar conmigo, señorita Henderson.

—¿Por qué no? —Pareció estallar la sonrisa de ella—. Si quiere que le diga la verdad, estoy pensando en usted desde que llegó a mi casa, Camillus.

—Es una broma muy amable.

—No es ninguna broma —brillaron los ojos de Babbie Henderson—... Y usted sabe muy bien que resulta un hombre... llamativo.

—¿Llamativo?

—De alguna manera hay que definir ese... encanto que tiene, Camillus. Me temo que si no bailamos ahora, no bailaremos nunca.

—Oh, sí...

El

«G-man»

tomó del brazo a la muchacha, descendieron los dos a la terraza y se unieron a los demás personajes que bailaban al ritmo de la orquesta contratada especialmente por Mark Henderson para aquella ocasión.

Babbie llevaba la espalda desnuda desde la cintura y Camillus no tuvo más remedio que poner allí su mano, sobre la fina carne cálida. También la mano de Babbie Henderson era cálida y fresca a la vez, de una finura deliciosa...

—Es cierto que baila estupendamente, Camillus —murmuró Babbie—. Lo cual, a decir verdad, me resulta sorprendente. ¿A qué se dedica usted?

—Soy periodista.

—¿Periodista? Oh, entonces...

—Entonces quiere decir que estoy sobrando aquí, que ya tendría que haberme marchado con los demás... ¿No es eso?

—No... No, no... Me alegra que no se haya marchado. Estuve esperando que usted saliese de allí dentro, pero... Bueno, me pareció que usted se tomaba con mucha calma su trabajo, Camillus.

—¿Con calma? ¿A qué se refiere?

—Estuve espionando la rueda de Prensa... —rió la muchacha—. Y todo el mundo tomaba notas... excepto usted. ¿Por qué?

—Tendré que creer que de verdad se fijó usted en mí apenas llegar a su casa, señorita Henderson.

—¿Creyó que mentía?

—No he querido decir eso...

—Sé lo que está pensando. Pero, en verdad, los Henderson somos gente... sencilla, Camillus. Lo estoy demostrando. Le vi a usted, pensé que era el hombre más agradable de los presentes y me dije que no tenía por qué bailar con otro... ¿Le parezco... caprichosa?

—Me parece muy normal, de veras... —rió Camillus—. Y muy sincera.

—Usted no me lo parece a mí, Camillus —sonrió la muchacha—.

¿No le interesaba lo que decían mi padre y Rock Dowdall?

—Me interesaba mucho... Oh, ya sé: lo dice porque no tomaba notas de todo lo que se hablaba... Bueno, la solución es más simple de lo que parece, señorita Henderson: tengo una memoria de niño prodigio.

—¿Y...?

—Y en un momento, recordaré palabra por palabra todo lo que se habló en la rueda de Prensa.

—Asombroso... Yo ni siquiera recuerdo de qué se habló.

—Usted no es periodista... Creo que el baile ha terminado. Y no quisiera hacerme antipático a alguno de sus invitados. Quiero decir que quizá alguien esté esperando que usted le dispense su atención...

—Se la dispenso a usted... ¿Le parece mal?

—No. Soy muy... enamorado.

Babbie Henderson rompió a reír quedamente, con una alegría que a Camillus Chaney le pareció por completo sincera.

—Yo también... —admitió—. Pero éste es un tema muy largo, Camillus... ¿No cree?

—Pues sí...

—¿Voy yo o va usted?

—¿Adonde?

—A buscar dos copas de champaña. Las burbujas alegran la conversación.

—Iré a buscar dos copas.

—Vaya dejando caer miguitas de pan, para que encuentre el camino de vuelta: lo espero aquí mismo.

—No tengo miguitas de pan. Pero me orientaré por las estrellas.

Sonriendo, Camillus Chaney se alejó de la muchacha, hacia el bar próximo a la piscina donde se servían las bebidas para los invitados. Llegó allá, pidió dos copas de champaña, y cuando las tenía ya una en cada mano, vio a Bárbara Henderson, la esposa de Mark Henderson, conversando con uno de los invitados, un hombre de anchas cejas muy juntas y ojos diminutos, astutos.

El hecho no habría llamado su atención de no haber notado que la esposa de Henderson intentaba zafarse del hombre para reunirse con otros de los presentes. Pero el hombre mostró una actitud insistente, y dijo algo que pareció convencer del todo a la mujer.

Inmediatamente, los dos se dirigieron hacia la parte espesa del jardín y desaparecieron entre las primeras palmeras de uno de los senderillos.

Camillus Chaney frunció el ceño y se quedó mirando las dos copas de champaña, alternativamente, combinando esas miradas con las que dirigía hacia el lugar por donde habían desaparecido, hacia las sombras, la esposa de Henderson y el hombre cejijunto.

Estuvo esperando su aparición durante un par de minutos. Luego, intrigado, dio un paso hacia allí. Se detuvo, de pronto, y miró hacia donde le estaba esperando Babbie Henderson. La muchacha estaba charlando alegremente con dos chicas más y dos o tres muchachos y, siquiera fuese por el momento, se había olvidado del «periodista» que tanto la había cautivado.

Buscando esconderse detrás de los invitados de blanca pechera y las clamas de espaldas desnudas y rutilantes de joyas, el «G-man»

se dirigió como al descuido hacia donde había desaparecido la señora Henderson y el hombre que había insistido en hablar con ella.

Llevando una copa en cada mano, Camillus logró llegar hasta el principio del senderillo. Miró a su alrededor y, convencido de que ni siquiera Babbie Henderson lo estaba mirando, enfiló ese senderillo, despacio, silenciosamente.

Tardó muy poco en ver a Bárbara Henderson, sentada en uno de los bancos rústicos del jardín, pero estaba sola y, además, se la veía muy pálida, destacando su rostro notablemente en la oscuridad. El «G-man»

se detuvo, indeciso, hasta que oyó el súbito, inesperado sollozo de la mujer.

Entonces se acercó, siempre llevando en cada mano una copa de champaña. Ella había dejado caer la cabeza sobre el pecho y había colocado las manos sobre el rostro. Sus sollozos eran, empero, más audibles que antes.

—Señora Henderson...

Bárbara Henderson alzó rápidamente la cabeza. Sus húmedos ojos quedaron fijos en el hombre apuesto y elegante, de *smoking* blanco, que la miraba, a menos de dos yardas, sosteniendo una copa de champaña en cada mano.

—¿Qué..., qué desea...?

—¿Está usted bien, señora Henderson?

—Sí... Sí, muy bien. ¿No se siente a gusto en la fiesta, señor...?

—Muy a gusto —sonrió Camillus—: su hija es muy simpática.

—Oh, sí... Bien... Vuelva con ella, no se preocupe. Me he sentido indispuesta un momento y no he querido preocupar a...

Camillus se acercó al banco, se sentó y ofreció una de las copas de champaña a Bárbara Henderson.

—Evidentemente, señora Henderson, si su esposo o su hija la vieran llorando sentirían gran preocupación... ¿Cree que el champaña puede aliviar su... indisposición?

Ella tomó la copa y bebió casi ávidamente. Camillus la observaba con atención, en silencio. Era una gran dama, delgada, con una elegancia tan natural como la del propio «G-man».

Tenía algunos cabellos grises y, en lugar de intentar disimularlos con tintes, sacaba un delicioso partido de ellos. Quizá tendría cuarenta y cinco años, pero Camillus Chaney se sorprendió a sí mismo pensando que era una mujer muy agradable, atractiva... Llevaba pocas joyas, un vestido serio, escotado lo indispensable, y olía muy discretamente a perfume por completo adecuado al momento. Sin poderlo evitar, Camillus Chaney se sintió atraído por una gran simpatía hacia la señora Henderson.

—¿Se encuentra mejor? —sonrió.

—Sí... Sí, gracias, señor.

—Camillus Chaney. Mmm... Estaba buscando a su simpática hija y, al no encontrarla, pensé que... ¿Qué ocurre, señora Henderson?

Ella se había puesto a llorar, de pronto, y Camillus comprendió que evitar aquel llanto había estado por encima de cualquier facultad de dominio que tuviese la mujer. Estaba claro que ella lo había intentado, pero los motivos del llanto debían ser muy fundados para conseguir disimular.

Camillus le quitó la copa de la mano y la dejó sobre el banco, a un lado.

—Bien... Temo que mi presencia está resultando embarazosa para usted, señora Henderson. Sin embargo, quisiera ayudarla. Si se siente mal, la llevaré a la casa...

—No... No, por favor...

—Como quiera. ¿Se fue su acompañante, señora?

Bárbara Henderson dejó de pronto de llorar y se quedó mirando a Chaney con los ojos muy abiertos en una expresión asustada.

—¿Mi... acompañante? —musitó.

—El hombre que vino con usted aquí, señora.

Ella empezó a llorar de nuevo, silenciosamente ahora, manteniendo su mirada fija en los grises ojos de Chaney, que parecían los de un felino, en aquella oscuridad.

—¿Era amigo de usted? —inquirió Camillus.

—Yo... Yo no sé...

—¿No lo sabe?

—No, no... Quiero decir... Oh, creo que voy a volver con los invitados...

—Ha estropeado usted su maquillaje, señora —sonrió amablemente el «G-man»

—. Quizá sería mejor que esperase un poco aquí. Y si cree que puedo serle útil en algo, insisto en que...

Bárbara Henderson empezó a llorar de nuevo, con intensidad, y Camillus comprendió que aquello obedecía a una auténtica causa bien fundada. Y a sus treinta y dos años cumplidos, con seis de servicio en el FBI, su olfato se había desarrollado lo bastante para saber que podía sacar partido de la situación, conveniente para ambas partes.

Tomó las manos de la mujer y las palmeó amablemente.

—Mi nombre, señora, ya se lo he dicho; pero no le he dicho que soy agente del FBI... ¿Puedo ayudarla? Le aseguro que me encantaría.

Bárbara se quedó mirándole, horrorizada.

—¿Agente... del FBI?

—Sí, señora.

—Usted..., usted no tiene derecho a estar aquí...'

¡No tiene derecho!

Camillus estuvo mirándola fijamente unos segundos.

—Tiene usted razón. Buenas noches, señora Henderson. Yo... Por favor, ¿querrá disculparme con su hija cuando la vea? Dígale que usted me echó de su casa, a pesar de ofrecerle mi ayuda. Adiós,

señora Henderson.

Se puso en pie y empezó a alejarse del banco donde estaba sentada la mujer. Pero, tal como presentía, ella le llamó, de pronto:

—Espere... ¡Espere, por favor!

—¿Sí, señora Henderson?

—Yo..., yo no sé qué debo hacer...

—¿Es algo relacionado con el hombre que hablaba con usted?

—Sí... ¡Sí!

Camillus regresó al banco.

—Bien... No quiero que usted obtenga la conclusión de que pretendo coaccionarla, señora. Pero opino que si hay algo que no vaya bien, debe usted decírselo a su esposo.

—¡No!

—¿Por qué?

—Oh, Dios mío, no..., no me atrevería...

—¿Es un chantaje?

Bárbara Henderson lo miró con los ojos muy abiertos, lleno el rostro de los desperfectos que las lágrimas estaban causando en el leve maquillaje.

—¿Cómo..., cómo lo sabe...?

—Cosas del oficio... —musitó Camillus, estremecido ante la perspectiva que aquello perfilaba—. ¿Qué cosa es la que usted quiere mantener oculta, señora?

—Nada... ¡Nada! ¡No tengo nada que ocultar!

Camillus se quedó mirando una de las florecitas cercanas.

—Señora Henderson, como usted sabe, la Casa Blanca solicita siempre al FBI una investigación a fondo sobre las personas que han de ingresar en ella. Es algo... rutinario, diría yo. Puedo decirle a usted, de un modo confidencial, que los informes sobre su esposo están ya completos, listos para ser enviados a Washington. Pero una sola palabra mía puede retener esos informes... por tiempo indefinido. Como comprenderá, una persona sometida a chantaje tiene algo que ocultar, y en tal caso...

No dijo más. Ni era necesario. Bárbara Henderson estaba mirándolo como alucinada.

De pronto, gimió:

—Ustedes..., ustedes lo sabrían tarde o temprano, y sería mucho peor... Mark es..., es un asesino y... un traidor, un..., un espía que

está trabajando para los soviéticos.

CAPÍTULO III

Camillus Chaney palideció, y todo lo que se le ocurrió decir fue:

—Imposible, señora.

—¿Im... imposible...?

—Por completo. Ya le he dicho que hemos investigado a su esposo. Y si bien consideramos que, en principio, esas investigaciones son rutinarias, nosotros partimos siempre de la base de que puede surgir algo inesperado en la vida de cualquier persona. Trabajamos a fondo, señora.

—Entonces, ya tienen que saber...

—No sabíamos nada de eso.

—Oh... ¡Oh, Dios mío!

Camillus sonrió secamente.

—Entiendo... Está usted arrepentida de haberme hecho esa confidencia, ¿no es cierto?

—Yo... Al decirme que estaban investigando a Mark, y sabiendo que el FBI acaba por descubrirlo todo...

—El informe sobre su esposo estaba terminado. Y no constaba en él ninguno de los cargos que usted ha formulado.

—Dios mío... Dios mío...

—No se arrepienta de su sinceridad, señora Henderson, porque el resultado será mejor para todos. ¿Quién era el hombre que ha hablado con usted?

—No..., no diré nada. ¡No diré ni una palabra!

—Como quiera. ¿Puedo utilizar su teléfono, señora Henderson? Cualquiera de ellos.

—¿Para..., para qué?

—Tengo que llamar a la Delegación... Imagino que mi jefe querrá saber esto... y proceder inmediatamente a la detención de su

esposo, para interrogarlo, entre otras cosas.

—¡No! —exclamó la mujer—. ¡Eso no! Yo..., yo lo negaré todo, usted no tiene pruebas...

—El FBI puede reunir las en unas pocas horas, partiendo de las palabras que usted ha pronunciado. Por otra parte, si procedemos a la detención de su esposo, las cosas van a complicarse demasiado. En cambio, señora, si usted colabora, todo será simple y discreto. Dígame quién es el hombre que ha hablado con usted.

—No diré nada... ¡Nada!

—Hagamos un trato, señora: usted me ayuda, y yo le demostraré en poco tiempo que la han engañado. ¿Cómo la han convencido de que su esposo es un asesino y un espía traidor?

Bárbara Henderson estuvo unos segundos mirando atentamente al apuesto y elegante agente del FBI. Camillus tenía una voz de tono grave, agradable, convincente. Y además de resultar atractivo y simpático había dicho que la iba a convencer de que su esposo no era un traidor...

—Ése..., ese hombre llevaba un magnetofón de..., de esos de bolsillo. Me dejó oír unos párrafos de una grabación, en..., en la que Mark estaba hablando con un hombre llamado Blundell, que..., que también es un..., era un espía.

—¿Era?

—Mark... Mark lo mató...

—¿Todo eso estaba en la grabación?

—Sí... Se oía bien su conversación, y luego Mark disparaba con una pistola silenciosa, de esas que..., que salen en los «telefilms»... Y luego decía que..., que sentía haberlo tenido que matar, pero que..., que su seguridad era ante todo... Algo así...

—¿Quién era el hombre que le ha dejado oír eso, señora?

—No le había visto en mi vida.

—Ya... ¿Qué le dijo, exactamente?

—Me pidió un..., un millón de dólares por la cinta...

—Un millón de dólares... —musitó Camillus—. Fiuuu... ¿Cuándo le dijo que tiene que entregar esa cantidad?

—Quiere cincuenta mil dólares esta misma noche, y el resto dentro de una semana.

—¿Sólo cincuenta mil dólares esta noche? Pues ha pedido un bocado muy pequeñito de semejante filete, señora.

—Yo le..., le dije que no podría reunir más esta noche...

—Ah, claro... ¿Cuándo, a quién y dónde tiene que entregar esos cincuenta mil dólares?

—Dentro de media hora deberé tirarlos, en un paquete, por encima de la valla posterior, y entonces deberé esperar una semana para entregar el resto y recibir esa cinta magnetofónica.

—¿La llamarán por teléfono?

—No sé... No me dijo nada sobre eso... ¿Cómo..., cómo va a conseguir usted demostrar que me están... engañando?

—Ignoraba lo del magnetofón, señora... —musitó Camillus—. Si en verdad existe esa grabación, las cosas están francamente mal.

—¡Pero usted me ha dicho que iba a ayudarme...!

—Y lo pienso cumplir, señora Henderson. Sólo que si su esposo es realmente culpable... Oh, vamos, no puede ser...

—¿Por qué no? —musitó ella, esperanzada.

—Porque nosotros lo habríamos sabido, señora —casi gruñó Camillus—. Pero entienda que ni el FBI ni nadie es infalible, de tal modo que cabe admitir que su esposo haya sido mucho más listo y astuto que nosotros. Es, ciertamente..., improbable, pero...

Quedaron los dos silenciosos unos segundos, hasta que Bárbara murmuró:

—Me siento muy... abatida. Creo que..., que diré que me siento indispuesta, y..., y suspenderé la fiesta...

—Nada de eso.

—¿Cómo dice...?

—¿Tiene usted esos cincuenta mil dólares en casa?

—Sí... En la caja fuerte.

—Vaya a por ellos cuando sea el momento, y haga lo que le han dicho. ¿A qué valla posterior se ha referido ese hombre?

—La que está directamente en la parte de atrás de la casa. Hay un sendero de grava y buganvillas...

—Ya sé, ya sé. Ahora, señora Henderson, volvamos a la fiesta. Y tiene usted que arreglárselas para llevar allá el dinero a la hora convenida y tirarlo por encima de esa valla... Supongo que se refiere a la de ladrillos rojos, la más alta.

—Sí, sí...

—Pues vaya a cumplir su parte.

—¿Qué piensa hacer?

—Buscaré una solución. Naturalmente, no hable de esto con nadie, ni diga que hay en su fiesta un agente del FBI, Supongo que eso mismo le recomendó el hombre que le ha pedido el dinero.

—Sí...

—Pues vaya a hacer lo que le han dicho. Es todo, señora.

Bárbara Henderson se puso en pie y se quedó mirando fijamente a Camillus. Hasta ellos llegaba la música de la fiesta, al otro lado de la fragante flora bien distribuida por el gran jardín de la lujosa quinta.

—Señor Chaney...

—¿Sí?

—No sé por qué, pero... confío en usted.

—Es una actitud inteligente, señora Henderson. Pero si su esposo resulta culpable de lo que aquí hemos hablado...

La frase podía quedar perfectamente en suspenso y ser también perfectamente comprendida. Bárbara dio la vuelta y se alejó por el senderillo. Camillus permaneció allí un par de minutos, pensativo. La cosa no le gustaba en absoluto...

De pronto, lo que tan claro había estado, empezaba a olerle mal, empezando por la ingenua sinceridad de Bárbara Henderson. E, incluso, dejó de hacerle gracia el romántico flechazo con que le había estado obsequiando Babbie Henderson, la deliciosa, muchacha de ojos claros, hija del matrimonio.

Frunció el ceño, se levantó y regresó a la terraza, llevando las copas, una de las cuales estaba casi vacía. Se dirigió presurosamente hacia el bar, dejó la copa y pidió otra...

—¡Lo atrapé! —Le dieron un tironcito de la manga.

Se volvió y sonrió.

—Hola... ¿Por qué dice que me ha atrapado?

Babbie Henderson no estaba sola. La acompañaban dos muchachas, las mismas con las que Camillus la había visto hablando antes.

—¿Dónde ha estado escondido? —le riñó, sonriente, Babbie.

—¿Escondido? Bueno, he estado aquí...

—No diga mentiras, Camillus. Le hemos estado buscando las tres porque quería presentarle... ¿No es cierto?

Las dos muchachas asintieron con la cabeza, sonriendo. Una de ellas comentó maliciosamente:

—Querida, tenías razón: ¡es muy guapo...!

Se rieron las tres. Camillus sonrió, hizo una seña al camarero, y cuando obtuvo su atención le mostró dos dedos.

—Su amabilidad merece que las invite a champaña, señoritas...

—Pero no a bailar —advirtió Babbie—. Yo lo vi primero.

—Oh, no... —dijo otra—. Tendrás que prestárnoslo algún baile, Babbie.

—¿Con lacito al cuello? —sonrió Camillus.

—¿Con lacito al cuello? ¿Qué quiere decir?

—Que parezca un osito de juguete que va a ser prestado... Y yo siempre he visto a los ositos con lacito al cuello.

Empezaron a reír las tres, de buena gana. Tres hombres jóvenes, sonrientes, elegantes, se acercaron al grupo, y uno de ellos quitó de las manos de una chica la copa que le acababan de servir.

—Esto es veneno, Florrie... —dijo—. Deja que sea yo quien muera de amor por ti, no tú de amor por mí.

—¡Por ti...! ¿Estás de buen humor, Fred?

—De un humor pésimo, porque me has abandonado... ¿Qué tal si vamos a bailar un poco más? Sólo son las nueve y media, creo.

—Y a esa edad —dijo otro de los muchachos—, sólo los ancianos ven televisión o se reúnen en tertulias... ¿Bailamos, Jessie?

—¡Claro que van a bailar con vosotros! —exclamó Babbie—. ¿No es cierto, queridas?

Jessie y Babbie simularon estar enfurruñadas, pero se alejaron con los dos atractivos jóvenes. Quedó uno, que contemplaba seriamente a Babbie.

—¿Puedo yo contar contigo, Babbie?

—Pues... no. No, Hubert, lo siento. Camillus me ha pedido el noventa por ciento de los bailes de esta noche.

Lo señaló. Camillus miró al llamado Hubert y encogió los hombros en un gesto de disculpa.

—Bien... Esperaré el diez por ciento restante; no te olvides de mí, Babbie.

—Lo intentaré. Oh, Hubert, espera. Os presentaré... Él es Camillus..., Camillus...

—Camillus Chaney —sonrió el «G-man».

—Eso es... Camillus, le presento a Hubert Chalmers. Para usted,

es un personaje interesante.

—Oh... ¿Por qué?

Babbie bajó confidencialmente la voz.

—Es el secretario de mi padre... ¿No le gustaría entrevistarle y hacerle preguntas... importantes?

—Pues...

—¿Entrevistarme? —murmuró Hubert Chalmers.

—Camillus es periodista. Ha venido aquí formando parte de la rueda de Prensa.

—Ah, bien... —Frunció el ceño Chalmers—. Pero creo que la rueda de Prensa terminó, señor Chaney. La fiesta es ahora... íntima.

—No seas descortés, Hubert —amonestó Babbie—. Camillus está aquí, y eso me place. Queda formalmente invitado desde ahora mismo. Y si te pones impertinente, olvidaré ese diez por ciento de bailes.

Hubert Chalmers consiguió sonreír.

—Terrible amenaza... Hasta luego, Babbie. Adiós, señor Chaney.

Los dejó solos ante el bar, y Babbie se procuró una copa, adelantándose al gesto que inició Camillus para ofrecérsela.

—Hubert es demasiado serio, ¿no cree, Camillus?

—Eso no es malo, Babbie.

—Eso no... Pero es que baila fatal.

—Ah... Entonces, mano dura con él.

Babbie rió alegremente. Parecía una muchacha absolutamente feliz, normal, en verdad sencilla y amable... y del todo ingenua y espontánea.

—¿No piensa bailar más, Camillus?

—Emm... ¡Oh, sí! ¿Con quién?

Babbie volvió a reír, se tomó de uno de sus brazos y lo llevó hacia donde los demás estaban ya bailando. Camillus se dejó llevar, pero mirando hacia la señora Henderson, que en aquel momento se dirigía hacia la casa.

El

«G-man»

miró su reloj y frunció el ceño; si quería hacer las cosas bien, tenía que desembarazarse pronto de la muchacha..., lo cual, de pronto, le hizo muy poca gracia. Pero...

Esperó a que terminase aquella pieza y volvió a mirar su reloj,

ahora ostensiblemente.

—Creo que debería llamar por teléfono, Babbie. En el periódico estarán pensando que algo no va bien, al no recibir mi artículo.

—¿Tiene que presentarlo esta noche?

—Pues sí... Pero puedo hacer una cosa: regreso a la redacción, entrego el artículo y vuelvo. ¿Volverá a admitirme?

—¡Claro que sí! Pero ¿cómo va a entregar el artículo al llegar? Tendrá que escribirlo...

—No, no... Lo dictaré por el camino. Tengo un dictáfono en el coche. Llego, entrego el dictáfono, y vuelvo.

—Bueno... —suspiró la muchacha—. No me gustaría que abandonase su trabajo por mí, Camillus.

—Puede concederle a Hubert Chalmers su diez por ciento de bailes, mientras espera.

—Buena idea... —sonrió la muchacha—. No se olvide de volver.

—Ya le dije que tengo memoria de niño prodigio. Hasta luego.

Se alejó por el amplio sendero de grava que llevaba hacia las verjas principales de la quinta. Poco después salía de ésta, ya en el coche, recogido en el aparcamiento circular rodeado de altos eucaliptos. Se alejó unas trescientas yardas, como si fuese hacia Harbor Lane, giró y pasó a toda velocidad por delante de la quinta. Detuvo el coche junto a unas altas y esbeltísimas palmeras y volvió a mirar la hora. Se apeó y caminó, rodeando la quinta. A fin de cuentas, le había servido de algo reconocer aquella mañana la quinta.

Cuando estuvo cerca de la valla de ladrillo, única de este tipo que había en toda la quinta, se detuvo, y durante dos minutos se dedicó a vigilar atentamente, a la espera del hombre que debía recoger los cincuenta mil dólares. Eran las diez menos cuarto.

A las diez menos diez en punto, o sea, cuando se cumplía el plazo que aquel hombre había indicado a Bárbara Henderson, algo pasó por encima del rojo muro de ladrillos y cayó al lado exterior. Camillus distinguió, por un instante, el paquete que debía contener los cincuenta mil dólares.

Era estupendo aquello de poder prescindir de semejante cantidad tirándola por encima de un muro. ¡Cincuenta mil dólares, nada menos!

Casi en seguida apareció el hombre que, como el

«G-man»,

había estado escondido entre las matas que se extendían por el borde del Belle Isle Park, al cual daban, de espaldas, las quintas de aquella parte de Island Avenue.

Camillus esperó a que el hombre recogiese el dinero. Lo vio abrir el paquete, echar un vistazo y, en seguida, esconderlo bajo su chaqueta. Luego, tiró algo por encima del muro y empezó a alejarse, justamente hacia donde Camillus había calculado, lugar que estaba él ocupando ya.

Vio acercarse al hombre, presuroso, mirando un tanto nerviosamente hacia atrás. Quizá por eso no prestaba demasiada atención al camino que tenía por delante..., lo cual le ocasionó un serio disgusto.

Se encontró de pronto con Camillus, que apareció ante él. El hombre lanzó una exclamación y llevó la mano al sobaco. Pero, como Camillus sabía que aquella mano no iba precisamente en busca del dinero, no le dejó terminar el gesto.

Retuvo aquella mano con la izquierda, y con la derecha golpeó, en corto, en seco, en pleno estómago del hombre, que quedó como petrificado, con la boca abierta. Un segundo golpe, en el mismo sitio, relajó al hombre, que habría caído hacia delante, encogido, de no sostenerlo Camillus.

Fue un error, un exceso de confianza en la definitiva contundencia de sus golpes. Estaba muy cerca del hombre, sosteniéndolo, cuando una rodilla de éste se alzó, golpeando dolorosamente al

«G-man»

en el bajo vientre. En el acto, soltó la mano del hombre, buscando instintivamente una protección ya tardía.

También el otro cometió un error: repitió el golpe. Y su rodilla encontró allí, en lugar del bajo vientre, las manos del

«G-man»,

que la aferraron y tiraron con fuerza hacia arriba.

El hombre lanzó una exclamación ahogada cuando salió disparado hacia arriba y atrás, dando una vuelta de campana en sentido inverso. Cayó de cabeza sobre las hierbas, y cuando intentaba incorporarse, medio aturdido, Camillus ya estaba sobre él.

Un seco golpe en la punta de la barbilla lo debilitó, pero todavía

parecía conservar fuerzas, porque se arqueó y lanzó por encima suyo a Camillus Chaney. Entonces, solamente hasta entonces, fue cuando quedó demostrado cuál de los dos hombres tenía más conocimientos efectivos de la lucha cuerpo a cuerpo.

Camillus salió lanzado hacia delante, pero sus manos quedaron crispadas en las solapas del desconocido: cayó en «carpa» recogida, escondiendo la cabeza. Llegó a estar completamente tendido boca arriba, tocando su cabeza con la del chantajista. Entonces, alzó vigorosamente las piernas, cuyo impulso le llevaron de nuevo hacia atrás, deshaciendo el movimiento de ida con toda exactitud, como ocurre con una película cuya acción se proyecta primero de modo normal y luego al revés, de modo que parece que el agua que acaba de ser vertida de un cubo, regresa a éste.

El hombre quedó tan sorprendido, que el siguiente puñetazo del «G-man»

le pilló de lleno, de nuevo en la barbilla. En seguida, un golpe en la nariz lo dejó ya casi fuera de combate. Luego, Camillus le dio la vuelta rápidamente y le golpeó con el canto de la mano en la nuca.

El chantajista se relajó completamente.

Camillus quedó jadeando contenidamente sobre él, recuperando el ritmo respiratorio, cosa que consiguió en pocos segundos. Dio la vuelta al hombre otra vez y le quitó la pistola, provista de silenciador. Se la metió entre el pantalón y la camisa. Luego, dejando el dinero a un lado, lo registró concienzudamente.

Encontró el pequeño magnetofón y se lo guardó también. Por último, dedicó su atención a la billetera del desconocido, que dejó pronto de serlo, por lo menos en cuanto al nombre. Se llamaba Cari Jones, tenía treinta y cinco años, era de Nueva York, pero residía en Miami, según constaba en su tarjeta de identificación. Profesión: chófer.

Camillus apagó la diminuta luz que llevaba en su encendedor, lo guardó y se quedó mirando al hombre. Un rostro vulgar, de facciones duras, bastas. Su frente no revelaba inteligencia, precisamente.

El

«G-man»

estuvo calculando la conveniencia de llevarlo al coche, pero decidió que no debía hacerlo. Tenía de dejar a Cari Jones en un lugar

seguro y discreto. En el mismo parque no, desde luego.

Miró hacia el muro y torció el gesto. Bien... Al menos, tenía que intentarlo.

Se quitó los zapatos y la blanca chaqueta del «*smoking*». Luego, dejó sobre esas prendas la pistola arrebatada a Jones, así como el dinero, la documentación y el pequeño magnetofón a pilas.

Le dio otro golpe a Jones en la nuca. Luego le quitó el cinto, de fuerte piel, y lo colocó en la muñeca derecha del desvanecido chantajista como si estuviese colocándolo en una cintura. De este modo, quedó libre un largo extremo y la muñeca bien rodeada. Por supuesto, la hebilla se clavaría en la carne, pero era lo menos que podía ocurrirle a tipos de aquella clase.

Tiró de él hacia el muro, lo alzó y lo dejó erguido, pegado de espaldas a los rojos ladrillos, con el extremo del cinto colocado cuidadosamente sobre la cabeza del desvanecido Jones. Por fin, saltó hacia el borde del muro, se agarró con fuerza, y una última flexión lo dejó montado a horcajadas.

Se inclinó ágilmente, cogió el extremo de la correa de sobre la cabeza de Cari Jones y tiró hacia arriba, alzando un brazo de éste. Y continuó tirando hacia arriba, alzando a peso al chantajista, hasta que pudo asirlo por las ropas con una mano. Soltó entonces la correa y, rápidamente, unió aquella mano a la otra, sujetando a Jones por la solapas. Lo subió al borde del muro, aferró con fuerza las bocamangas de la chaqueta, tras abrocharla completamente, y lo descolgó hacia el lado interior del muro, dentro de la quinta...

Se le escapó cuando los pies de Jones estaban todavía a dos pies del suelo. El chantajista cayó como un pelele, y lo primero que hizo Camillus cuando se reunió con él abajo, fue asegurarse de que no se había roto ningún hueso. Parecía estar en perfectas condiciones. Comprobado esto, le ató las manos a la espalda con el cinto; de tal modo y con tal solidez que, cuando muy problemáticamente, Cari Jones hubiese conseguido soltarse, él ya habría tenido tiempo de estar de nuevo con el chantajista.

Volvió a golpearle en la nuca, saltó el muro, se dio unas palmaditas en los pantalones y la camisa, se puso los zapatos y la chaqueta blanca, recogió el dinero, la pistola, la documentación de Jones y el pequeño magnetófono y regresó adonde había dejado su coche.

Y mientras tanto, dentro de la quinta, una sombra apareció detrás del tronco de un enorme eucalipto y se acercó a Cari Jones.

—Has tenido mala suerte, querido —musitó el recién aparecido.

Lo registró, pero en seguida hizo el gesto de quien comprende que es inútil hacerlo.

Le quitó el cinto que sujetaba los pies uno con otro, lo pasó bajo la nuca de Cari Jones, de modo que los extremos saliesen por delante, y se dio una vuelta con cada uno de ellas en ambas muñecas, tras cruzar el cinto sobre la garganta del chantajista.

Dio un suave tironcito, probando, que todo estaba bien colocado.

—Podría dejarte libre en lugar de hacerte esto. Jones. Pero sé que te encontrarían, y eso no me conviene.

Entonces apretó en serio, tirando de ambos extremos del cinto que se cruzaba sobre la garganta del desvanecido Cari Jones. Los fuertes músculos del asesino se hincharon bajo el impecable «*smoking*» en el implacable tirón lento que llevó a Cari Jones del desvanecimiento a la muerte.

Después, el asesino se puso en pie, dejando la correa anudada al cuello de su víctima. Se secó unas gotitas de sudor que habían aparecido en su frente, utilizando el fino pañuelo del *smoking* con delicadeza, con elegancia. Lo regresó a su sitio con todo cuidado, esmerándose en la colocación en el bolsillo y regresó a la fiesta.

Apareció en las terrazas sin que nadie le prestase excesiva atención. Buscó con la mirada, localizó a Babbie Henderson y se acercó a ella, sonriendo.

—¿Es éste uno de esos bailes del diez por ciento, Babbie?

—Oh... Oh, sí, Hubert... ¿Cómo no? Precisamente te estaba buscando...

—Pues ya me has encontrado... —susurró él—. De lo cual me alegro muchísimo, porque quizá sea ésta la ocasión de decirte...

—Yo creo que..., que no es la ocasión, Hubert Pero... bailaré contigo, si quieres.

—De lo perdido, saca lo que puedas —sonrió Hubert Chalmers—. De acuerdo, Babbie. Tan sólo... bailemos.

CAPÍTULO IV

Camillus Chaney entró en su coche, dejó junto a él, en el asiento, lo que había quitado a Cari Jones y se dispuso a poner el coche en marcha.

No llegó a hacerlo.

Al mismo tiempo que se daba cuenta de que había alguien más en el coche, una voz femenina dijo tras él:

—No..., no se mueva...

Y la punta de la pistola se apoyó en su nuca.

—Le digo que..., que no se mueva.

—Pero espero que me permita respirar, al menos. ¿Puedo?

—Deme su pistola. Quiero decir que no llevo la mía. Pero tengo en el asiento de al lado una muy grande. ¿La quiere?

—¡No se mueva!

—Pero si no me muevo, hijita... —rió Camillus—. Sólo quiero entregarle la pistola. ¿La quiere o no?

—Yo..., yo la cogeré.

—Me parece una buena idea. Pero para hacer eso tendrá que pasarse la pistola con que me está apuntando ahora a la mano izquierda. Lo contrario sería muy incómodo. Luego, tendrá que pasar su mano derecha al asiento delantero, bajarla, buscar a tientas la pistola... Todo eso es jugarse la vida, hijita. La solución más sencilla, en este caso es pegarme un balazo en la nuca. Entonces, con toda tranquilidad, podrá hacer lo que le venga en gana. ¿Piensa seguir mi sugerencia?

—Lo..., lo mataré si se mueve.

—¿Puedo fumar mi último cigarrillo?

—¡No se mueva!

—Demonios, qué perra ha pillado usted con lo de mi

inmovilidad, queridita. Mire, pase lo que pase, yo voy a encender un cigarro, porque tengo unas ganas feroces de fumar. No se ponga nerviosa, ¿okay?

Tranquilamente, el
«G-man»

sacó su pitillera, de ella un cigarro, que colocó en su boca, y luego chascó el encendedor, aplicando la llamita a la punta del cigarrillo. Se guardó también el encendedor, y acto seguido dio la luz interior del coche, colocada encima del retrovisor. Entonces, vio en éste el rostro de la muchacha. Estaba en absoluta armonía con aquella voz asustada, crispada, que le había hecho comprender que empuñar una pistola no significa, forzosamente, que se empuñe al mismo tiempo la batuta de la operación. Si alguien había asustado en aquel coche, a buen seguro que no era él.

Dio una profunda chupada al cigarro y sonrió.

—Tiene usted unos bonitos ojos, hijita. Y una boquita estupenda. Me gustan sus cabellos, el hoyuelo de su barbilla... Concretando; está usted que da gusto verla. ¿Un cigarrillo?

—Si se mueve...

—Me matará, ya sé, ya... Oh, vamos, déjese de tonterías. No va a disparar contra mi nuca por muchas cosas que yo haga. Dígame qué es lo que quiere y verá como nos entendemos. Pero guarde ya ese trasto. Ni siquiera en primavera me gusta el frío del acero en mi cogote. ¿Okay?

—Usted..., usted va a hacer lo que yo le diga.

—Claro que sí, criatura. A ver, ¿qué quiere que haga?

—Usted salió antes de la quinta de los Henderson. Vi su coche... Lo estuve mirando, y luego volvió, y lo dejó aquí...

—Todo eso lo sé mejor que usted. ¿Qué es lo que quiere?

—Entrar en la quinta.

—¿Conmigo?

—¿Para qué?

—No es cuenta suya.

—Pues a lo mejor se equivoca, porque resulta que soy agente del FBI en misión. Queridita, esto no es cualquier cosa, entiéndalo.

—Sea..., sea lo que sea usted, tiene que ayudarme a entrar en la quinta.

—Usted es tonta. ¿No se le ha ocurrido saltar la verja por

cualquier sitio facilito?

—Lo he... intentado, pero... no puedo.

—¿Lleva falda estrecha? —sonrió Camillus.

—Sí, porque... Oh, no le importa.

—No demasiado, es cierto. Vamos a ver...: usted vio salir mi coche, lo estuvo mirando, como atontada... y, de pronto, lo vio regresar. Pensó que quizá estaba probando el motor, cosa que es una tontería, y se dijo que iba a volver a entrar en la quinta. Y como usted quiere entrar, pues nada, me pone una pistola en el pescuezo y quiere que los dos entremos en la quinta. ¿Okay?

—Sí...

—¿No se le ocurrió llamar al timbre de la verja? Es algo muy sencillo.

—Hay..., hay un portero, y..., y no me permitió entrar. Dijo que había una fiesta importante y que no podía recibirme nadie ahora.

—Ese hombre es un desconsiderado. Pues nada, bonita, vamos a la quinta. Ya verá como ahora sí entra.

De pronto, bruscamente, el coche pareció despegar. Dio una violenta sacudida, se detuvo, y cuando Camillus se volvió, pistola en mano, sólo vio unas estupendas piernas y una mata de cabellos, mezclado de modo extraño, como si la muchacha estuviese realizando ejercicios de contorsión. Cuando ella consiguió quedar nuevamente sentada, el

«G-man»

la miraba amablemente, a través del humo del cigarrillo que conservaba en la boca.

—Nena: los dos estamos ahora en igualdad de condiciones. Si usted dispara, yo disparo. Y mi pistola es más grande, y le apuesto algo a que meto la bala en un sitio pésimo para usted. ¿Solución amistosa? Deme su pistolita.

Alargó una mano, quitó la pistola de entre los temblorosos dedos de la muchacha y volvió a sonreír.

—Ésta es buena —musitó—. Me estaba apuntando con una pistola descargada. No hay ni una sola bala en el cargador... Peor que eso: ni siquiera lleva cargador.

—¿Cómo..., cómo lo..., lo sabe?

—Hijita, en el FBI enseñan a zurcir calcetines. Imagínese ahora qué cosa no enseñarán de armas. Estese quietecita, que vamos a

charlar amistosamente.

Se apeó, abrió la puerta izquierda de atrás y entró en el coche nuevamente..., a tiempo de asir a la muchacha por los cabellos cuando intentaba abandonar el coche. Tiró suavemente de los cabellos, la sentó, y le dio una palmadita en las rodillas.

—Estoy intentando ser amable. No lo estropee. ¿De acuerdo?

Ella quedó silenciosa, mirando muy asustada a Camillus, que desde el primer momento había sabido que podía dominar la situación en cuanto quisiera. El

«G-man»

encendió un cigarrillo con la brasa del suyo y lo colocó entre los bonitos labios de la muchacha.

—Fume y respire tranquila. No soy rencoroso. ¿Nombre?

—Mmm... Grace... Grace Rositer...

Camillas sonrió una vez más.

—Empezaré por quemarle un ojito si insiste en decir mentiras...
¿Nombre?

La muchacha pareció encogerse.

—Connie... Connie Blundell...

—Puede que me crea eso... ¿Blundell?

—Le aseguro... que es verdad.

—La creo —dijo seriamente Camillus—. ¿Qué es lo que está buscando?

—Yo quería..., quería hablar con..., con el señor Henderson...

—¿Sobre qué?

—Sobre mi padre.

El

«G-man»

frunció el ceño. Si su memoria no era mala, y no lo era, desde luego, Blundell era el apellido del hombre al que, según parecía, había matado Mark Henderson, siendo los dos espías soviéticos.

—¿Qué hay entre su padre y el señor Henderson?

—No lo sé... ¡De verdad que no lo sé! Todo lo que puedo decirle es que anoche mi padre estaba muy contento. Dijo..., dijo que tenía que ir a..., a ver... al señor Henderson, a hablar con éste...

—¿Estaba muy contento? —musitó Camillus.

—Sí... Se... se reía mucho, como..., como si estuviese muy... divertido.

—Bien... Quizá se iban a encontrar para contarse chistes. ¿Y por qué está usted ahora aquí?

—Es que mi padre no ha vuelto desde anoche, y..., y quería ver al señor Henderson para..., para preguntarle por qué no salió mi padre del yate.

—¿De qué yate?

—Del señor Henderson...

—Ah... ¿La entrevista era allí?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—No sé...

—Pero usted sabe que su padre no salió del yate. ¿Estuvo en el yate usted, hijita?

—No, yo..., yo sólo estuve por allí cerca, esperando a mi padre.

—Y su padre no salió. ¿Quién salió o entró?

—Nadie.

—Entonces, quizá su padre esté todavía en el yate, como invitado especial.

—No... No está allí.

—¿Cómo lo sabe?

—No... lo vi en el yate.

Camillus pareció enfadarse.

—¿En qué quedamos? ¿Entró o no entró en el yate?

—Bueno... Entré más tarde, preocupada por mi padre... Pero no vi a nadie...

—¿No hay absolutamente nadie en el yate?

—No... No, señor.

—¿Tengo que creer que su padre se había evaporado?

—Yo no vi... No vi a nadie, se lo juro...

—Tranquila, hijita, tranquila. ¿Sabe que esto es muy interesante? ¿Qué hizo luego?

—Me fui a casa, al..., al apartamento. Y todo el día de hoy he estado esperando, esperando...

—Y cansada de esperar, ha venido aquí esta noche, a decirle al señor Henderson que su padre no está en ningún sitio después de haber acudido a una cita con él en su yate. Todavía me gustaría saber algo: ¿por qué siguió a su padre?

—Me..., me extrañó que saliese por la escalera de incendios, por

el patio del centro de la manzana. Y lo..., lo seguí por allí mismo.

—¿A qué se dedica su padre?

—No lo sé.

—¿Lleva medias, Connie?

—¿Medias?

—Sí, hijita, sí: medias. Eso que se pone una dama en las piernecitas. ¿Lleva medias?

—Sí...

—Quíteselas. Las dos.

La muchacha se encogió todavía más, hacia el rincón del asiento.

—No..., no voy a quitármelas...

—Entonces le daré un golpe en la cabecita con esta pistola y se las quitaré yo. ¿Qué prefiere? No estoy hablando en broma.

—Me..., me las quitaré...

—Okay, criatura. ¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve...

—Qué bonito... Bueno, afuera esas medias. Vamos, vamos, no sea tonta. He visto piernas mejores que las tuyas, así que compórtese con naturalidad. Imagínese que estamos los dos solos y felices en Miami Beach Plage. ¿Okay?

Connie Blundell subió la falda lo menos que pudo, que fue bastante, ya que era estrecha y no permitía maniobras difíciles por debajo. De modo que Camillus Chaney pudo ver un par de piernas espléndidas, juveniles, bien torneadas.

—Estoy encantado de la vida..., pero no se enfade conmigo. ¿Sabe una cosa?: también me parecen estupendas sus piernas. Ahora, abra la boca y diga: aaaaa...

—Pero...

—Diga: aaaaa.

—Mmm...

—No, no... Mmm, no: aaaa...

—Aaa.

Camillus metió en la boca de la muchacha su pañuelo del bolsillo superior del *smoking*, hecho una bola, y se apresuró a dejarlo bien encajado allí anudando el de bolsillo en la nuca de la muchacha, pasando por la boca.

—Le aseguro que están completamente limpios los dos.

Luego, con una de las medias ató las manos de la muchacha a la espalda, y con la otra ató sus pies uno con otro. Se la quedó mirando, y sonrió.

—No sé si aquí hay trampa, o es usted una nena inocente. Por lo que sea, hijita, le advierto que cuando la deje sola en el coche voy a cerrar bien las puertas, esta vez. De modo que aunque consiga soltarse, no podrá salir. Entonces, digamos que un buen consejo es éste: esté tranquila, respire con normalidad, y dentro de pocos minutos volveremos a vernos amistosamente. Diga sí o no con la cabecita.

Connie Blundell movió afirmativamente la cabeza, y Camillus se mostró complacido.

—Magnífico. Y ahora, tal como creo haberle prometido, entrará en la quinta del señor Mark Henderson. Térese al suelo, que no la vea el portero y no se mueva. ¿Sí, Connie?

La muchacha obedeció, y Camillus le dio unos golpecitos en una mejilla.

—Seremos amigos, ya verá. Bueno, vamos a la quinta. He querido hacer las cosas tan bien, que este coche no tiene nada: ni radio, ni radioteléfono... Pero, claro, un period... Oh, no tengo por qué darle tantas explicaciones, hijita.

Salió del coche, entró en el asiento delantero y puso el coche en marcha, ahora sin trucos ni brusquedades. Poco después, lo detenía delante de las verjas. Tras ellas, apareció el portero, lo vio, lo reconoció, y pulsó el botón que las abría.

Camillus llevó el coche al aparcamiento circular privado de la quinta, se apeó, cerró todas las portezuelas, dio unos golpecitos en un cristal y se dirigió hacia donde la fiesta proseguía tranquilamente, sosegada, alegre, elegante.

Pero antes de llegar adonde podría ser visto por todos, decidió hacerle una visita a Cari Jones, el cual podía haber recuperado el conocimiento y estar intentando desatarse. Un golpecito en la nuca le haría dormir el resto del tiempo que necesitaba Camillus.

Se ahorró el golpe, claro.

Y se quedó mirando, un tanto atónito al principio, al estrangulado Cari Jones. Recuperó en seguida su habitual expresión inteligente para fruncir el ceño. Bien: aquello era rapidez, desde luego, en eliminar a la gente. Tanta rapidez, que sólo podía indicar

que la persona que había estrangulado a Jones había estado allí mismo, con toda seguridad viéndole a él saltar el muro, descolgar al chantajista...

¿Bárbara Henderson? Imposible. Aquella elegante señora no tenía la fuerza muscular suficiente para haber apretado el cinto de aquella manera en torno a la garganta de Jones... Desechó también la posibilidad de un amigo muy particular de la señora Henderson. Tampoco parecía amigo de Cari Jones, por supuesto.

Y tampoco parecía enemigo suyo, de Camillus Chaney, puesto que, de haberlo sido, podía haberlo matado con una pistola silenciosa... ¿Y si no llevaba pistola, porque era uno de los invitados, y habría estado feo que se le notase el bulto del arma?

Desde luego, si era un invitado, estaba al corriente de lo que estaba sucediendo respecto a los Henderson y el chantaje. Entonces, era un traidor a Henderson quien estaba allí, en la fiesta, sonriendo con los demás invitados... Pero si era traidor a Henderson, era amigo de Cari Jones... Claro. Eso era. Y lo había matado porque sabía que Camillus Chaney, que no debía ser solamente periodista, podía identificarlo, encontrar su pista... y por el hilo ir llegando al ovillo.

Se incorporó y regresó a las terrazas, dando un rodeo, de modo que pareciese que llegaba del exterior de la quinta después de haber dejado el coche en el aparcamiento.

Mark Henderson y Rock H. Dowdall, cada uno por su lado, continuaban conversando animadamente con las personas que se reunían a su alrededor. En una de las terrazas, varias parejas se dedicaban a bailar. A un lado, sentadas en sillones, algunas señoras hacían sus naturales comentarios... Bárbara Henderson, entre ellas, lo vio aparecer y, en seguida, asomó a sus ojos una pregunta. Camillus se limitó a sonreír, moviendo levemente la cabeza en sentido afirmativo.

¿Para qué alarmarla? Se le decía que todo iba bien, y ya está.

Babbie estaba bailando con Hubert Chalmers, pero, al parecer, todavía no le había visto. Sí le vio, en cambio, Mark Henderson, y le miraba con el ceño fruncido pensativamente, sin duda intentando recordarlo, o pensando qué hacía todavía allí el periodista que le había hecho las últimas preguntas.

En general nadie le hizo demasiado caso, y Camillus aprovechó

la ocasión para dirigirse con todo disimulo posible hacia el *living* de la quinta. Saltó a aquella terraza por un lado, cruzó las amplias puerta-ventanas, y se dirigió al teléfono blanco que había en un rincón.

Descolgó el auricular y marcó el número de la Delegación. Allá, pidió por el inspector Gordon y, segundos después, lo tenía al habla.

—¿Cam? ¿Qué pasa?

—No lo sé con exactitud, señor. Pero algo pasa. Han estrangulado a un hombre.

—¿Ahí? Oye, ¿estás en la quinta de Mark Henderson?

—Desde luego, señor.

—¿Dices que han estrangulado a un hombre? Entonces, habrá sido ya avisada la policía...

—No, señor. Eso sólo lo sabemos el asesino y yo, por ahora. El hombre al que han estrangulado intentó chantajear a la señora Henderson. Se llamaba Cari Jones.

—¿Chantajearlo a...? ¡Oh, vamos, Cam...!

—Ya sabe que no soy demasiado bromista, señor. Parece ser que el hombre tiene..., tenía una cinta magnetofónica en la cual se probaba que Mark Henderson había asesinado a un hombre llamado Blundell...

—¿Blundell? —cortó excitadamente Gordon—. ¿Arthur Blundell?

—Pues... Sólo sé el apellido, señor; Pero pronto puedo saber el nombre de Blundell, porque tengo a su hija encerrada en el coche...

—Santo Dios, Camillus, no entiendo nada de nada.

—Ni yo. ¿Quién es Blundell?

—¿Recuerdas que cuando tú salías esta mañana de mi despacho llegaba Tony?

—Sí. ¿Cómo olvidar al gran Tony Leopard?

—Bueno. El venía a ayudarme a traducir unas notas escritas en ruso que habían encontrado la noche anterior en el apartamento de Blundell. Lo teníamos vigilado, pero él y su hija desaparecieron...

—Por el patio interior, lo sé. Demonios, señor: ¿quién vigilaba a ese tipo?

—Dos agentes. Estaban esperando a Tony, que dirige personalmente el asunto. Y en esa espera, Blundell escapó. Entraron en su apartamento demasiado tarde. Es lo malo de esperar

demasiado a veces; quieren pescar tantos peces con un solo cebo, que el cebo se escapa.

—Ya sé eso... Bien, señor: insisto en que, según parece, Mark Henderson ha asesinado a Blundell. Ambos estaban trabajando para el espionaje soviético.

—¿Estás loco? —aulló Gordon—. ¡Imposible!

—Eso es lo que yo creo por el momento. Una actividad así por parte de Henderson no habría escapado a nuestras averiguaciones sobre su vida y demás. Pero tengo la cinta magnetofónica, señor, de modo que espero sacar algo en limpio.

—Camillus, no te muevas de ahí. ¿Lo entiendes?

—¿Va a venir, señor?

—Tony Leopard y yo llegaremos lo más pronto posible.

—De acuerdo, señor.

El

«G-man»

colgó, encendió pensativamente un cigarrillo, y estaba ya volviéndose hacia la terraza, cuando oyó la voz de Babbie Henderson:

—¡Camillus!

Acabó de volverse y sonrió. Junto a Babbie estaba Hubert Chalmers, que lo miraba sin ningún agrado, procurando mantener una expresión estrictamente cortés.

—Hola, Babbie... —sonrió Chaney—. ¿Cómo va el baile?

—Pe-pero..., ¿cómo es posible que esté aquí? ¡Creí que estaba camino de su periódico!

—Cambié de idea. Me pareció todavía más rápido llamar y dictar el artículo desde aquí.

—¿Ya lo ha dictado? —inquirió Chalmers.

—Sí... Sí, desde luego.

—En tal caso..., ¿puedo yo disponer del teléfono, señor Chaney?

—Por supuesto. ¿Le importa que mientras usted hace su llamada le robe a Babbie? Ya sé que es un cambio muy ventajoso para mí, pero...

—Creo que agoté mi diez por ciento de bailes —intentó sonreír Chalmers—. Con su permiso...

Se dirigió hacia el teléfono, mientras Babbie iba hacia el agente del FBI y se colgaba de su brazo, sonriendo.

—Ustedes están bromeando conmigo esta noche... —dijo la muchacha—. Tan pronto los veo a los dos como no veo a ninguno.

Estaban ya en la terraza y Camillus la miró, sorprendido.

—¿A ninguno? Creí que el señor Chalmers la había tenido acaparada durante mi ausencia, agotando su porcentaje de bailes.

—Oh, no... Bueno, quisiera saber una cosa respecto a usted, Camillus.

—¿Qué cosa?

—Dígame claramente si tengo que ponerle una cadena en los pies para que no juegue a los fantasmas.

—Al contrario. Si me pone una cadena en los pies todavía sería más divertido el juego de fantasmas —sonrió el «G-man».

—Entonces, ¿qué debo hacer para que no vuelva a escaparse?

—Mmm... De momento, podemos bailar. Es un modo muy seguro de saber que me tiene cerca, y...

—Buenas noches... ¿Te estás divirtiendo, Babbie?

Los dos se volvieron mirando sonrientes a Bárbara Henderson, que lucía la más apacible y serena de sus sonrisas, como si todo fuese maravilloso.

—Oh, sí, mamá... Jugamos al baile de los fantasmas...

—Oreo que no conozco a este caballero —continuó sonriendo la dama—. ¿Un nuevo amigo?

—¿No es encantador? —exclamó Babbie—. Es uno de los periodistas que vinieron a la rueda de Prensa. Lo vi... y no lo dejé marchar. Se llama Camillus Chaney. Ella es mi madre, Camillus.

Bárbara Henderson tendió su mano, y Camillus se inclinó elegantemente en el gesto de besarla.

—Conocía de vista a la señora Henderson, naturalmente... ¿Cómo está usted, señora?

—Muy bien... ¿Periodista has dicho, Babbie?

—Sí. Lo he invitado a quedarse hasta..., hasta que yo quiera.

Rieron suavemente los tres.

—Su hija es encantadora, señora Henderson. ¿Puedo invitarlas a champaña? Iré a...

—¡No! —exclamó Babbie—. Yo iré. Dejemos de jugar a los fantasmas durante unos minutos, Camillus. Mamá, vigílalo bien, que no se escape... Yo traeré el champaña.

Dio media vuelta y fue hacia el bar. Camillus y la dama estuvieron mirándola, sonrientes. Y continuaban sonriendo cuando se miraron y Camillus dijo:

—Encontré al hombre, señora Henderson. Lo capturé, lo entré en su jardín, y alguien lo ha estrangulado.

Bárbara Henderson palideció un poco, pero continuó sonriendo magistralmente.

—¿Es... estrangulado?

—Así es, señora... —Sonreía Camillus—. Estrangulado con su propio cinto mientras estaba sin conocimiento. ¿Puede facilitarme alguna pista al respecto?

—Dios mío... ¿Yo? Desde luego que no...

—El hombre se llamaba Cari Jones. ¿Le dice algo su nombre?

—No —sonrió Bárbara—. Jamás lo había visto a él, ni jamás oí su nombre.

—¿Le ha dicho usted algo a su esposo sobre lo que está ocurriendo?

—No... ¿Debo hacerlo?

—De ninguna manera. ¿Conoce a todas las personas que están en la fiesta?

—Claro que no. Algunas son amistades de Rock Dowdall. Ésta es una de esas fiestas de auténtico compromiso...

—Ya sé, ya sé. Por suerte, los jóvenes no lo estiman así, y todo va bien... aparentemente. Tengo el dinero y la cinta magnetofónica, señora Henderson, de modo que dentro de poco podremos saber algo más concreto sobre el asunto... Ahí viene su hija... Por el momento, no hable de esto absolutamente con nadie. Con nadie, entiéndalo bien, señora.

—Sí, sí. Lo..., lo entiendo bien.

—Aquí está el champaña —se les unió Babbie—. Bebamos un poco y bailemos. ¿De acuerdo, Camillus?

—¿Cómo no?

Bebieron los tres, sonriendo alegremente. Luego, Camillus se despidió de Bárbara Henderson y se llevó a Babbie a bailar, en el momento en que Hubert Chalmers salía del *living* y, viendo allí a la dama, le decía algo que a Camillus le pareció intrascendente.

Por el momento, y a la espera del inspector Gordon y del fabuloso Leopard, iba a ser muy agradable complacer a Babbie...

CAPÍTULO V

Apenas quince minutos después, Hubert Chalmers se acercó a los dos, sonriendo, y tocó a Camillus en un hombro.

—Creo que llegó mi turno, señor Chaney.

Camillus se limitó a alzar las cejas, pero Babbie mostró más claramente su enfurruñamiento.

—Oh, Hubert, no seas...

—Alguien quiere ver al señor Chaney —sonrió satisfecho Chalmers—. Y he pensado que era una buena ocasión para seguir consumiendo mi diez por ciento.

—¿Quién quiere verme? —preguntó Camillus, que lo sabía muy bien.

—Un caballero... Ha llegado preguntando por usted, uno de los criados me ha preguntado si yo le conocía, y ya tiene usted el recado. Le están esperando en el aparcamiento, tengo entendido.

—Bien... Gracias, señor Chalmers. Con permiso, Babbie.

—Otra desaparición fantasmal... —suspiró la muchacha—. Seguiré esperándole aquí, Camillus.

—Estupendo.

Se alejó de las terrazas, tomó el sendero que llevaba al aparcamiento y se dijo que iba a resultar muy interesante un cambio de impresiones con el inspector Gordon y con Tony Leopard...

—Siga caminando —dijo una voz tras de él, de pronto—. Pero con las manos en los bolsillos. Y no las saque, Chaney.

Desde luego, no era la voz de Gordon, ni de Leopard. Tras la brevísima pero natural sorpresa, Camillus continuó caminando. Poco más allá apareció otro hombre, por un lado del sendero. Destacaba claramente en su mano la pistola provista de silenciador.

—¿Éste es el periodista tan listo, Mc Neill? —preguntó.

—Sí. Cuidado con él. Venció muy fácilmente a Cari. Tiene de periodista lo mismo que yo de ama de cría. Camine, Chaney, vamos... Hacia su coche. ¿Tiene allá el dinero y el magnetófono?

—No.

—¿No? ¡Qué gracioso! ¿Dónde lo tiene, entonces?

—Lo escondí todo. No van a encontrar nada en mi coche.

—Ah... Bien, vamos a donde sea que usted escondió esas cosas. Y no se ponga tonto porque lo matamos. Así, como suena. ¿Lo entendió?

—Desde luego. ¿Cómo han entrado en la quinta?

—Volando. Pero saldremos en su coche..., después de recoger lo que nos interesa. Llévenos allá sin perder tiempo, Chaney. Aunque esta parte del jardín esté oscura y discreta, tenemos prisa y pocas ganas de que nos vean. Vamos, vamos...

Camillus caminó todavía unos pasos por el sendero. Luego, señaló hacia el jardín, al pie de una altísima palmera, muy cercana al borde del sendero.

—Lo enterré todo ahí.

—Desentiérrelo. Espere...

Le cachearon por detrás, mientras otro hombre aparecía junto, al llamado Mc Neill y el segundo aparecido, preguntando:

—¿Lo tiene?

—Ni siquiera va armado. ¿Son éstas las llaves del coche, Chaney?

—Sí.

—¿Teme que se lo roben, aquí dentro? Cooke, enciende una cerilla. Quiero ver bien la documentación de nuestro amigo.

—Déjate de tonterías ahora, Gillies. Ya veremos eso luego. Ahora, lo que interesa es el magnetófono con la cinta. Y el dinero... ¿Te has llevado a Cari, Cooke?

—Sí. No creas que fue fácil, demonios... Lo dejé escondido en el parque. Luego volveré a buscarlo.

—No hará falta. Lo recogeremos ahora, en el coche del amigo Chaney, y nos iremos todos juntitos. ¿Qué está esperando, Chaney?

Camillus encogió los hombros, entró en el césped y se acucilló junto a la palmera. Tres hombres eran demasiados, pero no podía volverse atrás ahora en su intento, en su idea concebida cuando

pensó que sólo tendría que vencer a dos contrarios.

Escarbó un poco, echando la tierra a un lado. Por suerte, estaba más bien blanda, esponjosa, con lo cual se producía la impresión de que, efectivamente, era tierra recién removida.

—Vamos, acabe, no creo que lo enterrase muy profun...

El puñado de tierra dio de lleno en los ojos de Mc Neill, que contuvo a duras penas su grito de rabia. Un zurdazo en el vientre, de abajo arriba, lo dejó doblado completamente, lívido el rostro, y un rodillazo en la cara lo tiró de espaldas, mientras Camillus, siguiendo el impulso del rodillazo, se erguía completamente.

El puñetazo del llamado Cooke le alcanzó de lleno en el plexo solar, con tal fuerza y violencia que fue lanzado de espaldas contra la palmera, completamente pálido, sin aliento. Gillies saltó hacia él, y quiso golpearle con la pistola en la cabeza. Camillus pudo apartarla de la trayectoria del arma, pero no pudo evitar que el acero golpease con terrible dureza en su hombro. Tuvo la impresión de que estaban partiéndolo en dos pedazos, pero disparó su mano derecha, de canto, hacia la garganta de Gillies.

Un golpe que hubiese podido matar a Gillies si las fuerzas del «G-man»

no hubiesen estado tan mermadas. De este modo, todo lo que consiguió fue tirar a Gillies hacia atrás, tropezando hasta caer de rodillas primero y luego de espaldas...

Pero al mismo tiempo, la pistola de Cooke golpeaba ahora certeramente en su cabeza. La oscuridad del jardín pareció espesarse, las lucecitas de colores de las terrazas desaparecieron, y en su lugar hubo otras dentro de la propia cabeza del agente del FBI, que cayó de rodillas, casi desvanecido.

Como en sueños, oyó la voz de Cooke:

—Déjalo, Me Neill. Ya sabes que no hay que matarlo.

Recibió un punterazo en un costado que le quitó definitivamente el resuello. Cayó de lado, abierta la boca en gesto angustiado. Pero lo alzaron en seguida, entre dos.

Un par de durísimas bofetadas lo despejaron lo bastante para oír la voz de Me Neill:

—Ahora vamos a ir al coche, Chaney. Se acabó el engaño. Despéjese lo suficiente para conducir..., o no se despejará jamás... ¿Me está oyendo?

Camillus asintió con la cabeza. Dieron un tirón de él, lo soltaron y luego lo empujaron rudamente.

—Camine hacia el coche.

Llegaron en seguida junto al vehículo. Mc Neill abrió primero la puerta delantera y luego la trasera. Se quedó mirando auténticamente asombrado al interior del coche.

—¿Qué demonios es esto? A ver, Gillies...

Gillies entró, quitó la mordaza a la muchacha y se la quedó mirando incrédulamente unos segundos. Salió a toda prisa del coche y se encaró con Me Neill.

—Es la hija de Blundell —musitó.

—¿La hija de...? ¿Y qué demonios hace aquí?

—Supongo que Chaney la tenía prisionera...

—Claro... Entrad en el coche cuando ya esté yo en el asiento junto al volante y Chaney haya entrado también.

Entró el primero, y casi se sentó encima de la pistola de Cari Jones, el dinero y el magnetófono portátil. Lo cogió todo, abrió el paquete del dinero y masculló, mirando torvamente a Camillus:

—Conque enterrado en el jardín, ¿eh, tío listo?

Los dos entraron atrás, con la muchacha. Camillus recibió la orden de poner el coche en marcha, y poco después salían de la quinta hacia donde fue indicando Cooke. Llegaron hasta el parque, y allá, sin ningún testigo, recogieron el cadáver de Cari Jones y lo colocaron en el piso del coche, junto a la asustada Connie Blundell.

Luego, el coche siguió por Island Avenue, en dirección a Miami Beach. Camillus tuvo que detenerlo poco después, detrás de otro potente automóvil estacionado bajo unas palmeras.

Y un minuto después, su coche quedaba abandonado, y todos los pasajeros se alejaban en el otro.

Mc Neill dio entonces la luz interior del coche y colocó ante sus ojos la documentación de Camillus Chaney. Luego, muy despacio, lo miró, sonriendo irónicamente.

—Vaya, vaya... Muchachos, tenemos preso a uno de esos pajarracos del FBI. ¿No os parece estupendo?

CAPÍTULO VI

El coche había girado luego hacia la derecha, tomando un camino que los llevó a la playa del sur de Selle Isle. Cuando se apeó del coche, Camillus pudo ver, no demasiado lejos, algunas luces en el pequeño puerto para yates de aquella parte de la isla.

Fue empujado hacia el *bungalow*, igual que Connie Blundell, la cual había sido desatada. No se veía a nadie, allí, todo estaba silencioso... Tan sólo el rumor de la cercana playa llegaba hasta ellos, muy apagado.

Me Neill abrió la puerta del *bungalow* y señaló hacia dentro con el pulgar. Cooke entró primero, cerró las contraventanas y dio la luz. Apareció en la puerta, pistola en mano, y con el índice de la otra hizo signo de atracción a Camillus y Connie.

Entraron todos, la puerta fue cerrada, y entonces, todavía con los ojos enrojecidos por la tierra, Me Neill se quedó mirando malignamente a Camillus. Vaciló, miró lo que llevaba en las manos, y se dirigió a una mesita. Lo dejó todo allí, se sentó y se quedó mirando alternativamente a sus dos prisioneros.

—Muy bien, amiguitos: ¿qué está pasando con vosotros?

—Tenga cuidado con lo que está pensando hacer, Mc Neill... —musitó Camillus—. Si ya sabe que soy del FBI, espero que sea razonable.

—¿A qué llama usted ser razonable, Chaney?

—Piense con su propia cabeza: es la que está en juego.

—¿Mi cabeza? —sonrió—. Bueno, yo diría que no es ésa precisamente la cabeza que está a punto de caer, Chaney. Veamos, ¿cuántas cosas y cuáles sabe usted de este asunto?

—No sé nada.

—¿Nada? ¡Qué poca cosa! —Miro a Connie—. ¿Y ella?

—Ella es la hija de Blundell.

—Usted se calla. Estoy preguntando a la chica, ¿no?

—Está muy asustada. No podrá...

—¡Que se calle la boca! —estalló Gillies.

Y golpeó a Camillus en pleno estómago, tirándolo sentado en el sofá. En el acto, y cuando Camillus apenas había conseguido empezar a recuperar el aliento, le apuntó con su pistola.

Me Neill volvió a sonreír, complacido, y miro de nuevo a la muchacha.

—¿Y bien, pequeña Connie? ¿Qué tratos tienes tú con este tipo? Vamos, vamos, no estés asustada... Nosotros éramos amigos de tu padre, puedes creerlo.

—No..., no es cierto...

—Lo es. Sabemos tu nombre, algunas cosas tuyas... Tu padre te quería mucho, y a veces nos hablaba de ti. Algunas veces os vimos juntos... ¿No es cierto, muchachos?

—Cierto —apoyó Gillies.

—Muy cierto —dijo Cooke.

—¿Te das cuenta? Y ahora, explícanos qué estás haciendo con este agente del FBI.

—El..., él me capturó. Yo sólo quería entrar en la quinta...

—¿En la quinta de Henderson? ¿Para qué?

—Quería preguntarle por mi padre. Sé que él estuvo anoche en el yate del señor Henderson..., y como no he vuelto a verle...

—Ah... Bueno, son cosas que pasan, pequeña. ¿Qué hacías tú cerca del yate? ¿Estuviste allí?

—Sí...

—¿Por qué motivo? ¿Te dijo tu padre que fueses?

—No... Yo le seguí.

—¿Por qué?

—Lo vi salir por la escalera de incendios y le seguí... Hacía ya días que me..., que me había parecido que papá estaba en apuros...

—Y quisiste ver si podías ayudarle, ¿no? Pues eres una chica muy valiente, Connie.

—Ustedes..., ¿ustedes saben dónde está mi padre?

—Pues no. Lo siento, Connie. Pero si supiésemos...

—Te están mintiendo... —dijo secamente Camillus—. Ellos saben muy bien que tu padre ha sido asesinado, Connie.

Gillies pareció dispuesto a golpear nuevamente a Camillus, pero Me Neill le hizo un gesto.

—Déjalo, Gillies. Así, el amigo federal nos dirá de dónde ha sacado tan absurda idea. A menos... —Miró el pequeño magnetófono—, a menos que haya oído esta grabación. ¿La ha oído, Chaney?

—No.

—¿No? Entonces, ¿cómo sabe tantas cosas?

—Las he oído.

—Ah, sí... La estúpida señora Henderson cometió el error de irle con el cuento al FBI... Pero no. No tuvo tiempo de avisar al FBI después de hablar con Cari Jones, de modo que... tengo que pensar que el FBI, o sea, nuestro amigo Chaney, ya estaba allí... ¿Por qué estaba allí, Chaney?

—Me gustan las fiestas.

—Claro... ¿A quién no? —Quedó pensativo Me Neill unos segundos—. ¿De modo que la señora Henderson pidió ayuda al federal que tenía en la fiesta? ¿Es eso, Chaney?

—Es posible.

—Es usted tan valiente, que luego nos reiremos al verlo llorando... No pensábamos matarlo, Chaney, pero... sabe más de lo que conviene. ¿Se da cuenta?

—Seguro que sí. Pero ustedes, y Henderson, están ya listos. No importa lo que hagan conmigo. Están pistos.

Mc Neill frunció el ceño, mirando de nuevo el magnetófono.

—Usted ha escuchado esta grabación, Chaney, estoy seguro de eso.

Connie Blundell, pálida, adelantó un paso hacia Mc Neill.

—¿Es..., es cierto que... que mi padre está... muerto?

Mc Neill se la quedó mirando como si no la hubiese oído, pero de pronto puso en marcha el magnetófono, manteniendo la mirada fija en la muchacha primero y en Camillus después, mientras se oían las voces de Arthur Blundell y Mark Henderson en el *living* del *bungalow*.

«—Buenas noches, señor Henderson.

»—Hola, Blundell... Quiero decirle que es la última vez que accedo a una entrevista tan... directamente personal. Y menos en mi yate. Es peligroso.

»—Lo entiendo, señor Henderson. Pero tenía que recurrir a alguien, y me pareció que usted era la persona indicada. Estoy en un apuro, y me dije: ¿por qué no pedir ayuda a Mark Henderson? Al fin y al cabo, es un compañero en este trabajo de espionaje a favor de los comunistas... Por eso le llamé, le pedí que nos viésemos..., y aquí estamos.

»—No tengo mucho tiempo que perder, Blundell. Seamos breves en beneficio...

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

»—... demasiado peligroso para continuar con vida, Blundell, de modo que mejor estás así, bien muerto. Y aunque siento haber tenido que matarte, mi seguridad está por encima de la tuya... y de la de cualquiera.»

La grabación terminó y durante unos segundos sólo se oyó el leve siseo de la cinta virgen girando en el magnetófono. Y, de pronto, el contenido sollozo de Connie, que estaba completamente lívida.

Camillus se levantó, pero cuando quiso acercarse a la muchacha, la pistola de Gillies le hizo comprender que lo mejor que podía hacer era volver a sentarse.

—¡Bien! —suspiró Mc Neill—. Esto es todo lo que puedo decirte, Connie... Esto, y que... lo siento.

—¿Cómo consiguieron ustedes esa grabación? —musitó Camillus.

—¿Y cómo es usted tan idiota que cree que vamos a decírselo? Aunque, la verdad..., no importa que lo sepa o no, Chaney.

—¿Piensan matarme?

—¿Usted qué cree?

Camillus se pasó la lengua por los labios. Miró a Connie.

—¿Y a ella?

Mc Neill sonrió duramente. Miró a sus hombres y dijo:

—Id a buscar la lancha. Los llevaremos a los dos a dar un lindo paseo por mar. Luego, habrá que ir a liquidar a Mark Henderson, antes de que le atrape el FBI y lo diga todo.

—Pero... ¿y el chantaje? —protestó Cooke.

—No seas estúpido. Si el FBI atrapa a Henderson, nadie podrá ya chantajear a la señora Henderson, como habíamos planeado... Id a buscar la lancha.

—Está bien...

Gillies y Cooke salieron de la cabaña, cerrando la puerta tras ellos. Camillus se levantó entonces, sin hacer caso de la rápida mirada vigilante de Mc Neill. Tomó a la muchacha por los hombros y la llevó al sofá, sentándola junto a él.

—Todo esto es una cosa muy sucia, Connie. En realidad, lo menos sucio es el asesinato de tu padre. Pero él mismo se lo buscó, al formar parte de este grupo de traidores.

—Usted..., usted se alegra de que hayan matado a mi padre...

—No digas tonterías. Sólo intento consolarte haciéndote comprender que él sabía lo que se jugaba. Es un consuelo un poco... duro, lo sé, pero no se me ocurre otro. ¿Tú no sabías a qué se dedicaba tu padre?

—No, no...

—Estaba ya vigilado por el FBI —dijo Camillus, mirando de reojo a Mc Neill—. Precisamente anoche, si no hubieseis salido del apartamento, habríais recibido la visita de unos compañeros míos.

Mc Neill soltó una risita burlona.

—¿De modo que ha habido alguien que ha burlado la vigilancia del FBI, Chaney?

—Esas cosas le pasan a cualquiera, Mc Neill. Además, estaban esperando la llegada del agente director. Por cierto: si usted ha tenido tratos alguna vez, de un modo directo, con Arthur Blundell, será mejor que desaparezca.

—¿Cree que sus compañeros me encontrarán?

—Desde luego.

—¿Tan listos son? —volvió a reír Mc Neill.

—No siempre se es tonto, o se está tan tranquilo vigilando la presa. A veces conviene actuar. En cuanto a Mark Henderson...

Se calló bruscamente. De buena gana hubiese dado a Mc Neill el disgusto de hacerle saber que Mark Henderson sería pronto detenido por el FBI, ya que él había telefoneado a su jefe a la Delegación. Pero con eso sólo se conseguiría que se diesen más prisa en matar al hombre que estaba destinado a ser uno de los

ayudantes personales del presidente de Estados Unidos. El inspector Gordon y Tony Leopard estarían ya vigilando a Henderson, preguntándose dónde podía estar Camillus Chaney. Y con un poco de suerte, si permanecían alerta, cuando fuesen a matar a Henderson atraparían a Mc Neill, Gillies y Cooke, o el de los tres que fuese a hacerlo.

—Siga, Chaney.

—En cuanto a Mark Henderson, tarde o temprano se descubrirá la verdad sobre él.

—Por supuesto. Pero será más bien... tarde. ¿Comprende?

Camillus asintió con la cabeza y dedicó de nuevo su atención a la muchacha. Mc Neill se puso en pie, encendió un cigarrillo y miró la hora en su reloj. Se volvió a sentar, y así estuvo, todos en silencio, hasta que terminó el cigarrillo. Volvió a mirar su reloj, frunció el ceño, se puso en pie y se acercó a una de las ventanas.

Abrió la hoja de madera un par de pulgadas y miró hacia la playa. La cerró y se volvió, mirando atentamente al

«G-man»,

que sonrió con ironía.

—Quizá a ellos les ha ocurrido lo mismo que a Cari Jones.

—¿De qué está, hablando? —musitó Me Neill.

—Quiero decir que quizá Gillies y Cooke estén ahora muertos..., estrangulados.

—Le tenemos a usted aquí, Chaney.

El

«G-man»

pareció divertido.

—¿Cree que yo estrangulé a Jones? —exclamó.

—¿Quién, si no?

—Alguien que estaba en la fiesta de Henderson.

Me Neill frunció el ceño de nuevo, parpadeando rápidamente. Aquello era algo que no había esperado, según parecía.

—No se las dé de listo, Chaney. Sabemos muy bien a qué atenernos unos con otros. Usted liquidó a Jones, y eso es todo. No conseguirá que me ponga difícil con el jefe.

—Oh... Eso es tener fe, Mc Neill... ¿Quién es el jefe?

Mc Neill soltó una risita y se volvió hacia la ventana otra vez...

Camillus Chaney salió disparado como un rayo hacia Mc Neill

cuando éste ni siquiera se había vuelto del todo. Fue talmente como si el

«G-man»

hubiese sido disparado por un cañón, como el hombre-bala de los circos; y el encontronazo fue tan brutal que el *bungalow* se estremeció cuando los dos hombres chocaron con todo su peso contra la pared.

Mc Neill cometió el error de querer resolverlo todo por la vía rápida, con su pistola, y dedicó todos sus esfuerzos a orientarla hacia Camillus. Éste golpeó el estómago del traidor, y de un golpe durísimo con el canto de la mano en la muñeca del otro, envió la pistola al otro lado del *bungalow*...

—¡Sal de aquí, Connie! —jadeó el

«G-man»

—. ¡Vamos, corre...!

Apartó a Mc Neill de la ventana, alejándolo al mismo tiempo de la puerta y le golpeó en el estómago y luego en la barbilla, tirándolo de espaldas con tal fuerza que el espía resbaló hacia la otra punta del *living*..., hacia donde estaba la pistola.

Connie había abierto ya la puerta cuando Mc Neill, como si hubiese rebotado, saltaba hacia el arma. Y estaba tan cerca, en tales condiciones de ventaja, que Camillus hizo lo único sensato: empujó a la muchacha fuera del *bungalow*, casi derribándola en el porche, y salió él detrás, llevando la llave de la puerta. La introdujo en la cerradura; dio la vuelta... y se encogió cuando en la madera apareció el agujero de la primera bala disparada por Mc Neill. En seguida aparecieron dos más, dejando escapar chorritos de luz al exterior y enviando unas cuantas astillas hacia la espalda del agente federal, que empujaba a la muchacha.

—¡Corre cuanto puedas! ¡Hacia el coche...!

Llegaron junto al vehículo cuando una de las ventanas se abría y Mc Neill disparaba a través de los cristales contra los dos. La primera bala pasó alta. La segunda, cuando ya estaban protegidos por el coche, dio en éste y rebotó agudamente.

Camillus metió a Connie en el asiento delantero, a empujones, y él se puso al volante cuando la tercera y cuarta balas rebotaban también en el coche...

Para cuando Mc Neill, saltando por la ventana rota, se disponía

a disparar una vez más, el automóvil se perdía ya a lo lejos.

Entonces, Mc Neill sonrió irónicamente. Guardó la pistola y regresó hacia la cabaña..., juntándose en el porche con Cooke, Gillies... y Hubert Chalmers, también sonrientes.

Fue Chalmers quien hizo el primer comentario:

—Buen trabajo, Mc Neill. ¿Resultó difícil la cosa?

—No demasiado. Ese agente federal es un hombre rápido, de esos de acción incontrolable. Me pregunto por qué le han puesto un *smoking* y lo han encajado en la fiesta de Henderson.

—Quizá no habría cosas mejores para él... —sugirió Chalmers—. ¿Crees que sospecha algo?

—¡Nada! —rió Mc Neill—. En mi vida he visto a un hombre más convencido de lo que estaba viendo y oyendo. Ahora estará reventando el motor del coche para llegar cuanto antes a la quinta de Henderson. Bueno, espero no tener que hacer esto muchas veces con un

«G-man»,

señor Chalmers. Pudo haberme matado de verdad. Si no hubiese yo tirado la pistola bien al fondo del *living*...

—Cálmate. Todo ha salido bien, que era lo importante. El cree que ha sido muy listo y que ha tenido mucha suerte al poder escapar, eso es todo.

—Ahora —deslizó Cooke— somos nosotros los que tenemos que escapar.

—Hay tiempo... —rió Hubert Chalmers—. Vamos a tomar un trago y a ver si todo ha quedado de modo convincente.

—¿No sería mejor que nos fuésemos ya? —propuso Mc Neill.

—¿Tienes miedo de algo? —se burló Chalmers.

Cooke y Gillies rieron, y Mc Neill encogió los hombros. Entraron los cuatro, y Chalmers se dirigió directamente al bar. Sacó una botella y cuatro vasos y los llenó, calmosamente, como si el tiempo fuese un factor que estuviese de su parte.

—¿Oyó Chaney la cinta, Mc Neill?

—Desde luego.

—¿Lo oyó todo bien? ¿De principio a fin?

—Todo. A estas horas, no hay persona en el mundo que tenga un convencimiento más firme que Chaney.

Hubert Chalmers soltó una risita y distribuyó los vasos entre los

tres espías traidores a su patria. Alzó el suyo y dijo:

—Descanse en paz quien pronto va a morir.

Gillies y Cooke volvieron a reír y bebieron un largo trago del *whisky* servido por Hubert Chalmers. Éste se llevó su vaso a los labios sosegadamente, y Me Neill, fruncido el ceño, lo imitó, bebiendo un largo trago que necesitaba después de aquella breve pelea con el

«G-man»...

Sentía que podía haber muerto a manos de aquel elegante muchacho de modales suaves y aristocráticos.

Apenas hubo bebido el primer largo trago, se arrepintió. Las palabras de Chaney estaban todavía resonando en sus oídos.

—Señor Chalmers, ese federal dijo algo respecto a la muerte de Jones...

—¿Qué dijo? —sonrió Chalmers.

—Dijo que..., que a Jones lo había estrangulado alguien que estaba en la fiesta... Aseguró que no había sido él.

—¿Qué querías que dijese? —masculló Chalmers—. ¿Pretendías que admitiese haber estrangulado a Jones?

—Pues... Bueno, ese hombre no me parece de los que estrangulan a una persona desvanecida. Quizá sea una tontería, claro...

—Es posible que te dijese que había sido yo —sugirió Chalmers.

—No... No dijo eso...

—Debió decirlo —sonrió cruelmente Chalmers—. Debió decirlo, Mc Neill, porque ésa es la verdad.

Mc Neill quedó estupefacto.

—Pero el plan... Usted dijo... El plan que habíamos preparado...

Gillies dio un par de pasos tambaleantes. Soltó el vaso de *whisky* y se llevó las manos al vientre.

—Me..., me siento mal... Es..., es como si fuese... a morir...

—Ésa es la realidad, Gillies —sonrió más ampliamente Chalmers—: vas a morir, y nada podrá remediarlo.

—¿Qué..., qué dice...?

—Quizá no lo entenderías, Gillies.

—Pe-pero yo..., ¡yo me siento muy mal!

—Lo creo, Gillies, lo creo.

Cooke estaba lívido. Todavía sostenía el vaso en una mano,

pero, de pronto, lo dejó caer y también se llevó las manos al vientre. Me Neil miró astutamente a Chalmers, dejóse el vaso a un lado y gruñó:

—Si esto es una broma, señor Chalmers, yo le..., yo le...

Cayó de rodillas como si hubiese recibido un tremendo mazazo en la cabeza. Apoyó las manos en el suelo, alzó la cabeza y miró hacia el elegante Hubert Chalmers. Sólo vio una sombra oscura, con pechera blanca, que oscilaba vertiginosamente ante él. Miró hacia sus compañeros y vio dos bultos caídos de bruces en el suelo.

—Chalmers, us... usted..., usted...

Quiso llevar la mano a la pistola. Tocó la culata, pero ya no pudo hacer más. Le pesaban los brazos, los hombros, la cabeza... Le pesaba todo. Incluso el alma, que no tardó ni siquiera dos segundos en emprender viaje por su cuenta, abandonando aquel cuerpo muerto.

Hubert Chalmers sonrió, miró su vaso de *whisky* hoscamente simpático y fue adonde había dejado la botella, vertiendo dentro de nuevo el *whisky* que se j había servido. Luego, se quitó los guantes de fina malla de media femenina y los guardó en el bolsillo de su elegante *smoking*, debajo del blanco pañuelo.

—Quedarán unas huellas magníficas... de Henderson, claro.

Uno a uno, fue examinando a los tres espías traidores. Estaban muy muertos, muy envenenados por el *whisky*.

Se acercó a donde estaban los cincuenta mil dólares, la pistola de Cari Jones, su documentación y el pequeño magnetófono. Estuvo mirando todo aquello unos segundos, pensativamente, antes de recoger los cincuenta mil dólares.

Lo demás lo dejó tal como estaba, sonriendo malignamente.

—Soy un gran amigo del FBI. Buen provecho, señores.

Salió del *bungalow*, fue hacia un grupo de palmeras, se metió en un pequeño coche y marchó de allí. Estaba muy satisfecho, porque hasta el momento no había derramado ni una gota de sangre.

Qué caramba...: la elegancia es algo que no se pierde ni siquiera para asesinar.

CAPÍTULO VII

El portero de la quinta no parecía muy dispuesto a dejar pasar aquel coche, pero cuando Camillus Chaney se apeó y se colocó ante él, cambió de idea. No muy convencido, desde luego, pero en muy poco tiempo se había acostumbrado ya a las entradas y salidas de aquel muchacho simpático y de aspecto elegante.

De este modo, Camillus y Connie llegaron al aparcamiento. Dejaron allá el coche, el

«G-man»

tomó el brazo de la muchacha, y los dos caminaron presurosamente hacia las terrazas. Ni siquiera habían llegado a ellas cuando un tipo de hombros colosales, vestido de *smoking* y con una enorme sonrisa en su bocaza, apareció ante ellos. Tenía el cabello color remolacha, y los ojos color pimienta verde.

—¿Adónde va usted, joven? —inquirió humorísticamente.

—Tony... ¡Bien hallado seas!

—Asombroso... —Parpadeó Leopard—. ¿Te encuentras bien, Cam?

—Muy bien. ¿Y el jefe?

—Fisgando por todos lados. Lo tienes sobre ascuas.

—¿Habéis venido los dos solos?

—Claro. Oye, ¿conoces a esta nena tan guapa?

—Es la hija de Blundell. Ve a buscar al inspector, Tony. Y date prisa. Por poco que corramos todavía podremos encontrarlos allí.

Tony Leopard no preguntó nada. Dio la vuelta, desapareció hacia las terrazas y reapareció apenas dos minutos más tarde, casi arrastrando de un brazo al inspector Gordon.

—Aquí lo tienes, Cam. ¿Y ahora?

—Ahora, nos vamos. En el coche... ¿Habéis traído un coche

decente?

—¿Decente?

—¡Sí, decente! Con radioteléfono, con radio... No la porquería que se me asignó para venir aquí como periodista.

—Hombre, tampoco hay que hacer creer a la gente que un periodista es millonario, Cam. De éstos, solamente conozco a uno: se llama Jerome Callaghan, y...

—¡Conozco a Callaghan! ¡Vamos al coche!

Fue el primero en alejarse de nuevo hacia el aparcamiento, tirando de Connie, Leopard se las arregló para tirar de Gordon, que resollaba malhumorado.

En menos de medio minuto estaban todos en el coche, a cuyo volante se sentó Leopard.

—¿Adónde, señor? —preguntó, obsequioso.

—Iremos a la playa que hay... Quítate de ahí. Tony. Yo conduciré.

—Lo que mande su alteza.

Camillus ocupó el asiento de conducción, dio la marcha y el coche partió raudamente hacia las verjas. El portero se rascó la nuca, masticó un poco la punta del cigarrillo y volvió a accionar el resorte eléctrico que abría las puertas. Muy bien: por él, aquel chiflado podía salir y entrar cuantas veces le viniese en gana. Ah, pero era un completo chiflado, eso sí...

Por el camino, fue explicando a Gordon y Leopard cuanto habían ido sabiendo del asunto. Y no se asombró cuando los dos quedaron bastante confusos, como desconcertados.

Fue Gordon quien protestó suavemente:

—Cam, hay algo aquí que no encaja...

—Ya lo sé, señor.

—¿Y qué es?

—¡No lo sé! Pero vamos a saberlo muy pronto.

—¿Adónde vamos ahora?

—Al *bungalow* del que les he hablado. Está ya muy cerca de aquí.

—Pero... Bueno, Mark Henderson tiene un *bungalow* por estos lugares, Cam.

—¿Cree que no lo sé? Tuve que aprender todo esto de memoria esta mañana, según sus órdenes.

—Eso te hará comprender que mis órdenes siempre tienen sentido.

—Pura suerte —bostezó Leopard—. Pura suerte y eso es todo, jefe.

—¿Quién ha pedido tu opinión?

—¿Nadie? —Parecía extrañarse Leopard.

—Eso es: nadie.

Tony encogió los hombros, encendió un cigarrillo y miró amablemente a Connie Blundell. Era la hija de un espía traidor, ciertamente, pero ella no tenía la culpa de nada. La conocía, porque durante algunos días, al vigilar a Blundell, había visto a la muchacha. Ella parecía simpática, y era tan inocente...!

—Estamos llegando... —susurró Camillus—. Desde aquí se ve ya el *bungalow*.

Detuvo el coche algo apartado, y todos fueron hacia allí, con precauciones.

Lo primero que les llamó la atención fue que la puerta del *bungalow* estuviese abierta y la luz encendida. Sin decir palabra, Leopard se fue hacia la ventana que Me Neill había roto a balazos, y por la cual había saltado luego al exterior de la cabaña. Echó un vistazo y regresó junto a Gordon y Camillus.

—Vía libre.

Encabezó la marcha hacia el porche, pero Camillus se le adelantó. Y como sabía de tiempo atrás que si Tony Leopard decía «vía libre» era que, efectivamente, la vía estaba libre, entró el primero en el *bungalow*, sin ninguna preocupación.

Los vio en seguida. Estaban los tres caídos en el suelo, pálidos, completamente inmóviles. Le dio la vuelta a Mc Neill, pero no vio herida alguna.

—Los han envenenado, Cam —dijo Leopard a su lado.

—¿Envenenado?

—Eso es. Con el *whisky* de esa botella. Está todo tan claro que da un asco puro y simple. Incluso creo que alguien está intentando tomarnos el pelo, chico.

Fue hacia la botella y, sin tocarla, metió en la circular abertura la punta de la nariz..., que retiró rápidamente.

—¿Qué es Tony? —preguntó Gordon.

—Arsénicas vulgaris —bromeó macabramente Leopard—. Es

algo que se le indigesta a cualquiera, jefe.

Gordon se rascó la parte calva de su cabeza, hacia atrás, y miró a Camillus.

—Esto no lo has hecho tú, claro...

—Y tan claro.

Leopard comentó:

—Esto nos ahorra las prisas por regresar junto a Henderson para impedir que lo eliminen... Quiero decir que no serán estos tres los que puedan hacerlo.

—Demonios, cada vez lo entiendo menos —masculló Camillus—. ¿Tú entiendes algo, Tony?

—Entiendo que hay un tipo listo por ahí que está haciendo su trabajo caiga quien caiga.

—¿Henderson? —musitó Camillus.

Fue Gordon quien contestó ahora:

—No. Mark Henderson no puede disponer esta noche de la libertad de movimientos que todo esto requiere, Cam... ¿Qué es eso?

—El magnetófono con la cinta... —Lo alzó Camillus—. O sea, una cosa más para sorprendemos. Quien hizo esto, pudo muy bien llevárselo.

—Es posible que el *whisky* estuviese envenenado ya, y que nadie haya venido por aquí...

—No —dijo Leopard.

Los dos se volvieron hacia él.

—¿Por qué, Tony?

—Fíjense en este tipo...

—Se llama Mc Neill —aclaró Camillus.

—¿Qué más da? Miradlo bien... Está caído de tal modo, con la mano hacia el sobaco, que juraría que quiso sacar su pistola. ¿Contra quién quiso hacerlo? ¿Contra uno de sus compañeros?

—Contra el que los envenenó —dijo Gordon.

—Ésa es mi opinión, señor.

—Es buena —deslizó Gordon—. Es una buena opinión, Tony. Veamos lo que nos dice esa cinta, Camillus.

Chaney puso en marcha el magnetófono y de nuevo resonó en el *living* toda la escena del encuentro entre Arthur Blundell y Mark Henderson, y los dos disparos apagados, y las últimas palabras de

Henderson, aclarando que su seguridad era ante todo...

—Con esto podemos enviar a la picota a Henderson... —dijo Gordon—. Vamos a buscarlo. Por más que...

—Todo esto es absurdo... ¿No es cierto, jefe? —sonrió secamente Tony Leopard.

—Sí, Tony... No sé, no lo entiendo bien... ¿Y tú, Camillus?

Éste se mordió los labios.

—Tampoco, señor. Lo siento. Quisiera... Un momento.

Gordon y Leopard se quedaron mirándolo expectantes, ansiosos. Pero Camillus se fue a donde estaba Connie, y le tomó las manos.

—Connie, tú estuviste, cerca del yate, ¿no es así?

—Sí...

—Es más: entraste en él. ¿Exacto?

—Sí... Sí, señor...

—Y no viste a nadie allí dentro.

—No...

—Pero tú viste entrar a tu padre. Luego, no lo viste salir, no viste a nadie.

—No... No vi a nadie.

—¿No es esto increíble? —musitó Camillus—. Si Arthur Blundell entró en el yate, tiene que estar allí..., o haber salido.

—También tendría que haber salido Henderson, puesto que estuvo allí con Blundell —apuntó Gordon—. Si la chica no vio salir a Henderson, es posible que tampoco viese salir a su padre. Y no me digas que Henderson no salió del yate.

—Sí... Sí que salió, claro... Demonios, señor...

Gordon se hizo con el pequeño magnetófono.

—Vamos a buscar a Henderson. Tenemos la grabación y será interesante saber qué explicación le encuentra él que pueda convencernos... ¿Qué estás haciendo ahora, Camillus?

Camillus Chaney se había arrodillado en el suelo y lo estaba mirando con una atención absoluta, como si no hubiese nada más en el mundo. Alzó la cabeza, miró a su jefe y musitó:

—Nada... Nada, señor.

—Mira...

—Nada, de veras.

—Mira, Camillus, no estamos jugando a las adivinanzas...

—Sí, ya sé... Bueno, señor, todo lo que me atrevo a decir, por el

momento, es que el asesino de Cari Jones y de estos otros tres hombres está en la fiesta, desde luego.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Fíjese en estas manchitas de tierra roja en el suelo.

Gordon y Leopard se inclinaron. Vieron unas pequeñas manchas de barro seco, y cuando empezaban a alzar la cabeza, vieron ante ellos uno de los zapatos de Camillus Chaney. En ellos había la misma tierra.

—Primero salté al interior de la quinta sin zapatos. Pero luego, cuando fui a echarle un vistazo a Jones, llevaba los zapatos. Es un jardín cuidado, de tierra... esponjosa, suelta, roja... ¿La ven?

—Claro.

—El asesino llevaba la tierra en sus zapatos. Por tanto, es alguien que está en la quinta.

Gordon y Leopard se miraron, como consternados.

—Bueno, Cam, no quiero desilusionarte, pero es una pista pobre.

—¿Pobre? ¿Por qué?

—Tú mismo pudiste dejar esas manchas de barro. O pudo hacerlo el tipo llamado Cooke, que fue quien entró en la quinta para recoger el cadáver de Jones.

—Es posible. Pero para que Cooke supiese exactamente dónde estaba Jones, alguien tuvo que decírselo. Y no fui yo.

—Fue el asesino —murmuró Leopard.

—Exacto, Tony. El asesino estuvo allí, naturalmente. Mató a Jones para que no le comprometiera, del mismo modo que mató a Cooke, Me Neill y Gillies cuando vio que yo me había escapado. Los conocía a los cuatro, podría encontrarlos más o menos pronto..., y ellos habrían dicho toda la verdad, al final. Entonces, el mejor... remedio era matarlos. A los cuatro. Primero a uno, luego a tres.

—No está mal... —admitió Gordon—. Pero estas manchitas de tierra has podido dejarlas tú. O el mismo Cooke, que entró en la quinta a recoger el cadáver de Jones.

—No pude ser yo. Ni tampoco Cooke. Ninguno de los dos nos acercamos al bar, señor. El asesino, sí. Fue al bar, sacó la botella, llenó los vasos...

—Tú no sabes si Cooke se llegó o no al bar más tarde, cuando ya te habías escapado...

—Si Cooke se hubiese acercado al bar, habría dos pistas de esta

tierra. Solo, hay una. Y Cooke está tendido ahí, lejos del bar.

Leopard y el inspector Gordon volvieron a mirarse.

—De acuerdo —aceptó Gordon—: vamos a buscar en esa fiesta a un hombre que tenga manchitas de barro de esta clase en los pies. Pero supongo que no estarás pensando que ese hombre es Mark Henderson.

—No. Desde luego que no. Respecto a Mark Henderson, señor, creo que sería conveniente hacer una visita a su yate.

—¿Por qué?

—Porque si Blundell entró, tuvo que salir. Si no salió, es que está allí. Y si no está allí, es que no entró. Y sabemos que entró.

Tony Leopard sonrió simpáticamente.

—Un tigre, dos tigres, tres triges..., tes tirges. Demonios, quiero decir: un tigre, dos tigres, tres tigres.

—¿A qué viene esa tontería? —Gruñó Gordon.

—Pues es un lío parecido al que acaba de exponernos Cam, jefe. Si Blundell entró, tuvo que salir; si no salió, es que no entró; si no salió, es que está allí... Pero entró.

—Pero fácil de entender, Tony. La chica dice que su padre entró en el yate. Por tanto, si no salió, es que está allí. Vamos a hacer una visita al yate.

—¡De acuerdo! —exclamó Camillus—. Quizá encontremos...

—Tú no encontrarás nada, Cam, porque no vienes.

—¿Cómo?

—Que no vienes.

—Pero, señor...

—No vienes. Te vamos a dejar en la quinta de los Henderson, y nosotros iremos al yate.

—Pero, señor, el yate está aquí cerca, en el pequeño muelle de la parte sur de la isla. Podemos...

—Cam, el FBI trabaja bien porque sabe manejar a sus hombres. Tú te quedarás en la fiesta de Henderson, buscando a ese hombre que lleve tierra en los zapatos...

—Es una pista tonta —dijo Leopard.

—Tú te callas... —refunfuñó Gordon—. Y tú, Cam, te vas allá y te dedicas a buscar a ese hombre. Tony y yo iremos al yate y echaremos una mirada por allí. Luego iremos a la quinta a decirte lo que haya.

—Está bien... Supongo que es lo mejor, señor. ¿Y Connie?

—Ella puede venir con nosotros... —dijo Leopard—. Nos será muy útil, ya que debe conocer el yate.

—¡Tú no necesitas a nadie para registrar bien un yate, Tony!

—No. Pero la chica me gusta. Y estará más segura con nosotros que contigo. Somos dos, no lo olvides.

—Al coche —dijo Gordon—. Se está perdiendo demasiado tiempo. Te dejaremos en la puerta de la quinta y nos iremos a ver el yate.

CAPÍTULO VIII

El portero de la quinta estaba ya decididamente amoscado. Por si todas las entradas y salidas no fueran pocas, el tipo aquel entraba ahora a pie, tan tranquilo, tan elegante como siempre, impecable en su *smoking* blanco.

Y el coche en el que había llegado, se alejaba.

Bueno, cada millonario, e incluso los que no lo son tienen sus excentricidades. Okay.

Camillus llegó a pie a las terrazas. Allá, nada había cambiado. Los mismos grupos de hombres, las mismas parejas de jóvenes, los mismos camareros sirviendo el mismo champaña...

Se fue directamente al bar y pidió un combinado con hielo. Ni siquiera lo había tomado en una mano cuando oyó tras él la fina, irritada voz:

—Camillus, es usted de verdad un fantasma. ¿De dónde ha salido ahora?

—Pues... he regresado.

Se quedó mirando amablemente a Babbie, que lo miraba a él fijamente, con el ceño fruncido.

—Regresado..., ¿de dónde?

—Tuve que... atender a unos compañeros que..., que están preparando conjuntamente conmigo una serie de artículos.

—¿Se marchó de la quinta?

—Emmm... Sí, sí... No tuve más remedio. El trabajo...

—Oh, sí: el trabajo... ¿Dispone usted de algunas horas de descanso, quizá?

—Por supuesto. ¿Quiere bailar?

—No, señor; no quiero bailar.

—Ah... Imagino que estará cansada de hacerlo. El señor

Chalmers habrá cobrado con creces su diez por ciento de música, ¿no?

—El señor Chalmers es tan fantasma como usted. Pero no me importa lo que él sea.

—¿Y le importa lo que sea yo? —sonrió Camillus.

—¿Le parezco... fea?

—No, no, de ninguna manera.

—¿Bonita?

—Ejem... Sí... Mmm... Sí, sí, muy bonita, Babbie.

—¿Lo bastante como para pasear conmigo por el jardín?

Camillus Chaney estuvo a punto de fruncir el ceño. Bueno, a él le gustaba Babbie Henderson, y sabía que, en general, él gustaba a las mujeres. Pero jamás había tenido ocasión de vivir un flechazo tan fulminante, ingenuo y espontáneo como el que «padecía» Babbie por él.

—¿Por el jardín? —musitó.

—Camillus, ¿se ha enamorado alguna vez?

—Veinte o treinta.

—Oh...

—¿Y usted? —sonrió él.

—Muchas menos. No llegan a la docena.

El

«G-man»

se echó a reír y ofreció una copa a la muchacha.

—De donde resulta que yo soy mucho más veterano... ¿Está intentando decirme que se ha enamorado de mí, Babbie?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Oh, qué pregunta más tonta...!

—Es cierto —admitió Camillus—, es una pregunta tontísima...

¿Ha habido alguna novedad durante mi ausencia?

—Sí: la luna está más alta en el cielo.

—Magnífico. ¿Vamos a verla?

—¡Oh, sí!

El agente del FBI volvió a reír. Dejó su copa en el mostrador, quitó de entre los dedos de Babbie Henderson la suya, la dejó también en el mostrador y cogió suavemente el brazo de la muchacha.

Cuando se dirigían al borde de la terraza, Camillus vio a Bárbara Henderson, mirándolo con los ojos muy abiertos, asustada, pero la sonrisa del

«G-man»

pareció suficiente para calmar a la dama, que continuó mostrando la suya a sus amistades, como si fuese la mujer más feliz y tranquila del mundo.

Babbie dirigió la «Operación Luna», llevándolo hacia un banco de madera sin desbastar que había junto a un pequeño estanque, bajo un gran sauce que tendía sus ramas hacia el agua.

—Hay..., hay peces en ese estanque...

—Ah... ¿De colores?

—Claro... Oh, sí: de colores.

—Qué bien, qué bonito.

—Y..., y... y éste es mi lugar favorito.

—¿Para venir con los enamorados?

—Camillus, yo..., yo te he mentado...

—Eso está muy mal... No es elegante, Babbie.

—Pero... Bueno, quiero decir que no he estado enamorada una docena de veces.

—¿Más?

—Menos... Muchas menos... Yo he... Bueno, alguna vez me ha gustado algún chico, pero...

—No sigas. Yo acabaré: «Pero yo soy el único por el que de verdad sientes amor...» ¿No es eso?

—¿No... vas a..., a besarme, Camillus?

—Pues sí —admitió el

«G-man»

—. Todavía soy joven, la noche es hermosa, la luna está muy bonita, me encantan los peces de colores, me gustan los sauces llorones, tú eres maravillosa...

La tomó suavemente de la cintura y la atrajo un poco. Babbie cerró los ojos y entreabrió los dulces y redondillos labios frescos y tiernos. Camillus Chaney se dijo que, con un poco de mala suerte, en aquellos momentos podía estar muerto. Pero como estaba vivo...

Babbie Henderson correspondió tiernamente al beso, rodeando con sus bracitos el cuello del agente del FBI y apretándose con fuerza contra él. Fue un momento delicioso, que el

«G-man»

disfrutó en toda su magnitud. Y no una vez, sino varias.

—Querida —musitó el

«G-man»

—, me temo que estamos haciendo el tonto.

—¡El tonto...! —exclamó ella.

—Eso he dicho: el tonto.

—Pe... pero..., ¿por qué?

—Bueno... Dentro de unas horas, tú despertarás, en tu lujosa camita de esta lujosa quinta, y te preguntarás si alguna vez has conocido a un tipo que es periodista y se llama Camillus Chaney. Y si consigues acordarte de mi rostro, ya será mucho.

—Camillus, no..., no tienes derecho a decir eso...

—Es posible que no. Es que... Pues... Bueno, yo nunca había creído en el flechazo.

—¿Por qué no?

El agente del FBI frunció el ceño y quedó pensativo unos segundos.

—Eso digo yo —sonrió al fin—: ¿Por qué no?

—¿Quieres que nos sentemos en el banco?

—Concedido.

Ella se sentó primero, tirando de la mano de él. Y apenas estuvo sentado el

«G-man»,

Babbie volvió a ofrecerle sus labios...

En el centro del pequeño estanque de peces de colores, había un bonito surtidor, y se oía el rumor del agua. Y cómo, de mucho más lejos, llegaba el sonido de la música producida por la orquesta contrastada por Mark Henderson para aquella magnífica noche en su historial político...

—¿Te ocurre algo, Camillus?

—No... No, Babbie.

—Yo creo que sí.

—Quisiera..., quisiera decirte que, a veces, las personas hacemos algo que..., que nos hiere a nosotros mismos...

—¿Crees que tú y yo vamos a herimos cada uno a sí mismo? —rió Babbie.

—No... O quizá sí. Y quizá, al herimos, podemos herir al otro.

Babbie, esto es..., es una tontería.

—¿El qué? —musitó ella.

—¡Todo esto! El estanque, la luna, los peces de colores, los besos...

—Camillus..., ¿qué estás pensando?

El

«G-man»

hubiese querido decirlo, pero ni podía hacerlo en cuanto a su condición de agente del FBI, ni en cuanto a su condición de hombre que está besando a la muchacha por la cual, casi de pronto, siente algo especial. No... No podía decirle que quizá dentro de una hora, o menos, él se llevaría de allí a Mark Henderson, su padre, para que fuese juzgado... e irremisiblemente condenado por espía y traidor.

Un espía no tiene que ser necesariamente traidor, ya que si está espionando en beneficio de su patria, jamás puede ser traidor. Pero en el caso de Mark Henderson concurrían los dos delitos: espionaje a favor de una potencia extranjera. Espía y traidor.

—Estoy pensando, Babbie, que un periodista es poca cosa para la hija de Mark Henderson. Sí... Eso es lo que estoy pensando.

Babbie se echó a reír como quien se quita un peso de encima.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

—Oh, Camillus, no digas más tonterías ya...

Ella le echó los brazos al cuello y volvió a besarlo. Camillus Chaney pensó que sería peor resistirse a eso que el golpe que luego propinaría a la muchacha, cuando ella supiese que su padre...

Y cuando estaba pensando eso y besándola, oyó la llegada de un coche al aparcamiento. Pensó que serían quizá el inspector Gordon y Tony Leopard, pero, todavía sosteniendo aquel beso, vio aparecer en el sendero del otro lado de aquella extensión de césped, un hombre al que reconoció instantáneamente.

Se sorprendió tanto, que el beso estuvo a punto de finalizar de modo harto desconcertante. Pero, mientras el hombre pasaba rápidamente hacia las terrazas, Camillus Chaney continuó besando a Babbie Henderson, de modo que ésta no pudo enterarse de nada.

—Camillus, no me ha gustado este beso. Pecía... que estuvieses pensando en otra cosa.

—Y es cierto, Babbie. Perdona.

—¿En qué... pensabas?

—Olvidé algo del artículo sobre tu padre... ¿Te importa que regresemos y que haga otra llamada telefónica?

—Claro que no... —musitó ella—. Me gusta que te tomes en serio tu trabajo.

—Eres... maravillosa, Babbie.

Se volvieron a besar y luego regresaron a la terraza. Camillus se dirigió directamente al *living*, dejando a Babbie charlando con algunas muchachas asistentes a la fiesta. Quizá eran ya las doce, y los jóvenes empezaban a aburrirse allí. En pocos minutos empezarían a marcharse en sus coches, en busca de lugares más animados.

El

«G-man»

asomó la cabeza a la terraza apenas | hubo entrado en el *living* y, tras comprobar que Babbie no miraba hacia allí, salió a toda prisa y fue hacia el garaje.

Y dos minutos después estaba ya en el aparcamiento, pasando las manos por los capós de los automóviles allí estacionados. Por fin, notó el calor de uno de los motores, y supo que aquel coche era el que había llegado hacía poco.

Convencido de que estaría cerrada; tiró suavemente de la portezuela del volante..., que se abrió en el acto suavemente. Entró, sacó su encendedor y proyectó la delgadísima raya de luz hacia el tablier. Abrió uno de los compartimientos y encontró en seguida lo que buscaba: el nombre del propietario del coche.

Luego, se dedicó a buscar a toda prisa bajo los asientos, en los bolsillos laterales, en el tablier... Se apeó, dio la vuelta al coche y quedó contemplando ceñudamente el compartimiento de equipajes.

Tiró de la manilla, pero estaba cerrado con llave.

No vaciló más allá de un par de segundos. Colocó en la junta la palanqueta que se había procurado en el garaje y efectuó una presión lenta, contenida pero vigorosamente, junto a la cerradura. Por un momento, creyó que no lo conseguiría, pero justo entonces oyó el seco chasquido de algo metálico que se rompía.

Alzó la tapa y dirigió allí la luz de su camuflada linterna.

En seguida vio el paquete. Lo destapó, y vio el montón de billetes bien ordenados.

Una dura sonrisa apareció en los labios del «G-man».

Una sonrisa como absorta, concentrada. En su cabeza pareció empezar a funcionar un mecanismo exacto, preciso, que iba ordenando, clasificando datos y detalles. Era como un tic-tac

de precisión de una máquina perforadora, que va lanzando fichas a sus correspondientes cajetines, ya marcadas por la correspondiente perforación en el sitio exacto.

Volvió la tapa del portaequipajes a su sitio, escondió la palanqueta entre unas flores y se dirigió hacia la verja. El portero se lo quedó mirando con el ceño fruncido, pero optó por abrir la verja sin rechistar. A fin de cuentas, había visto locos peores que aquél.

Ya en Island Avenue, Camillus calculó por dónde llegarían Tony Leopard y el inspector Gordon de su inspección al yate, y se dirigió hacia aquella parte de la avenida.

Casi un cuarto de hora más tarde, ya del todo impaciente, el federal vio acercarse un coche, que identificó cuando estuvo lo bastante cerca. Se puso a un lado de la avenida, haciendo una discreta seña. El coche frenó a su lado y él entró sin más preámbulos, sentándose junto a Connie Blundell, de modo que la muchacha quedó entre él y el inspector Gordon.

—¿Qué ocurre, Cam? —preguntó éste.

—Tengo algo nuevo, señor. Bueno... Es algo que podía deducirse fácilmente, pero ahora lo sé con plena certeza. Sé quién ha estado haciendo el trabajo sucio de Mark Henderson, quién ha sido el que ha estado ayudándole en todo esto, mientras él se harta de sonreír y de decir que es un tipo honrado.

—Es una buena noticia, Cam. Nosotros tenemos otra... No es buena, pero es noticia.

—¿Y es...?

—Arthur Blundell estaba en el yate.

Camillus miró rápidamente a la pálida y triste Connie.

—Pero ella dijo...

—Quizá no miró bien en todos los sitios, cosa que sería fácil. Blundell estaba en el armario de un camarote lleno de trastos. Parece que no se utilizaba.

—Muerto, claro —musitó Camillus.

—Y frío. Lo menos lleva veinticuatro horas, Cam.

—Entonces..., todo lo que está grabado en esa cinta magnetofónica debió ocurrir ayer tarde.

—Claro. Anoche fue cuando la chica siguió a Blundell..., a su padre. Y asómbtrate: ella miró en ese armario y su padre no estaba allí.

—Pero usted ha dicho que quizá no miró en todos los sitios...

—En ese armario, sí. No sé por qué, pero miro allí. Quizá no miró en otros sitios donde sí podía estar escondido el cadáver. Sin embargo...

—¿Sin embargo...?

—Ese cadáver no ha estado las veinticuatro horas en el yate, Cam.

—¿Cómo sabe eso?

—Había sangre en una lancha que estaba en un costado del yate... En el costado del mar adentro. Y en la lancha, un buen par de remos. ¿Te dice algo eso?

—No sé... ¡Espere! Es posible que..., que matasen a Blundell, se lo llevasen en la lancha por ahí... y esta noche lo hayan traído de nuevo al yate.

—Parece que así ha sido. Y Connie Blundell no vio a nadie salir del yate porque desde el muelle, no se percató de que la lancha, manejada a remo, se alejaba de allí.

—Es absurdo, señor.

—¿Verdad que sí? —sonrió astutamente Leonard—. Anda, Cam, muchacho, dinos lo que piensas. A ver si estás de acuerdo con el jefe y conmigo... ¿Qué es lo absurdo?

—¡Que Mark Henderson se lleve el cadáver de Blundell en una lancha que maneja a remos siquiera sea unos cientos de yardas... y luego lo regrese... o lo haga traer de nuevo al yate, para esconderlo en un armario!

—Okay.

—Exacto, Cam —aprobó Gordon—. La cosa es tan extraña que hemos llamado a un par de muchachos del laboratorio y están ahora examinando esas manchas de sangre y el cadáver de Arthur Blundell.

—¿Dos cadáveres, señor? —susurró Camillus.

—O eso, o todos estamos locos. Dinos quién es tu hombre, y

vamos a buscarlo. Él nos lo explicará todo, supongo... Espera. Atiende esa llamada, Tony.

Leopard descolgó el radioteléfono.

—¿Qué hay?

—Sí... Adelante, Quimby, adelante.

—Sí...

—¡Bien! ¿Estáis seguros?

—Hombre, no te pongas así... ¡Ha sido un trabajo tan rápido...!

—Bueno, bueno...

—¿...?

—Sí... Seguid los trámites normales, pero sin llamar la atención y, mucho menos, sin pasar aviso a nadie respecto a ese yate y la lancha. Okay. Adiós.

Colgó y se volvió hacia el asiento posterior.

—Era Quimby, señor, que ha hecho un trabajo relámpago. La sangre que encontramos en la lancha y la de Arthur Blundell... no es la misma. Dos muertos, señor. O, por lo menos, un muerto, que es Blundell, y un herido que es...

Dejó la pregunta en el aire mirando interrogativamente a Camillus Chaney. Éste, hosco el gesto, gruñó:

—Vamos a por él.

CAPÍTULO IX

Estaban conversando en una de las terrazas y, precisamente cuando Camillus se acercaba a ellos, se disponía a bailar. Y apenas habían dado un par de pasos, cuando el

«G-man»

tocaba en el hombro a Hubert Chalmers.

—¿Permite?

—¡Camillus! —exclamó Babbie—. Oh, no sé cómo es posible que aparezcas y desaparezcas de este modo, en cualquier momento... ¿Te importa, Hubert?

—No, no —se apartó éste.

—Lo siento, Babbie —sonrió Camillus—, pero lo cierto es que quisiera conversar con el señor Chalmers, precisamente.

—¿Sobre qué?

—Bueno... Envié un artículo telefónico al periódico, señor Chalmers, pero mi jefe opina que el artículo no está... completo. Comprendo que es abusar de su amabilidad, pero si fuese tan amable de ampliarme algunos detalles sobre el señor Henderson...

—Ya tuvo usted oportunidad de preguntar cuanto quiso, Chaney.

—No todo.

—Oh, Hubert, por favor te lo pido —exclamó Babbie—, dile a Camillus todo lo que quiera... ¡Y no lo pierdas de vista!

—Verás, Babbie... —murmuró Chaney—, yo preferiría que la entrevista fuese... privada.

—Camillus Chaney —estalló la muchacha—, ¡eres el hombre más antipático que conocí jamás! ¡Ya vendrás a buscarme cuando tu trabajo te lo permita!

Babbie dio la vuelta y se alejó airoosamente, dejando una sonrisa

en labios del

«G-man»;

sonrisa que se evaporó cuando volvió a mirar a Hubert Chalmers.

—¿Le importa que vayamos hacia el jardín, Chalmers? —
inquirió suavemente.

—No... No me importa, Chaney...

—Muy agradecido.

Cuando se dirigían hacia uno de los lados del jardín, una vez más se cruzaron las miradas de Camillus Chaney y Bárbara Henderson. Y de nuevo una sonrisa dio por zanjada la cuestión. Allí no estaba pasando nada...

Hubert Chalmers hizo intención de detenerse apenas llegados al borde del jardín, pero Camillus le pidió cortésmente que continuase caminando...

—Aquí está bien, Chalmers.

El secretario de Mark Henderson se volvió. Parecía malhumorado, pero mucho más preocupado.

—Bien, Chaney, cuando acabe con sus extravagancias puede empezar a preguntar. Y si no fuera por Babbie, esté seguro que lo habría aceptado...

—¿Me considera extravagante, Chalmers?

—Desde luego.

—Yo creo que es mucha más extravagancia la suya. No encontraríamos muchas personas que llevasen cincuenta mil dólares en un paquete en el portaequipajes del coche, como quien lleva... una manta.

Hubert Chalmers retrocedió un paso.

—¿Cincuenta mil dólares? ¿Está... loco, Chaney?

—Claro que no, señor secretario. Oh, vamos, es inútil que niegue nada. Sé que usted estranguló a Cari Jones y envenenó luego a Me Neill, Gillies, Cooke... Pero hay algo que me asombra, Chalmers: ¿por qué se dejó «olvidado» el magnetófono en el *bungalow*? ¿Quería que supiésemos que Henderson había matado a Arthur Blundell? ¿Por qué?

—Usted está loco...

—Debo estarlo, cuando me enfrento a solas y desarmado a un asesino como usted, Chalmers. ¿Cuál es el juego? No se haga el tonto... ni se las dé demasiado de listo. Dentro de una hora, algunos

compañeros míos estarán aquí, y si me encuentran muerto empezarán a hacer averiguaciones.

—¿Por qué no las hacen ahora mismo? —Gruñó Chalmers.

—Ya las hago yo, que soy el que está aquí. Luego, se completará la investigación... Será una sorpresa para mi jefe saber que Henderson y su secretario están complicados en el espionaje soviético.

Hubert Chalmers achicó los ojos, intentando ocultar el destello cruel de alegría que pasó por ellos al llegar a la conclusión de que Camillus Chaney estaba solo en la quinta, y que sus compañeros del FBI no estaban al corriente de los últimos descubrimientos suyos.

—Pero bueno, Chaney, ¿quién demonios es usted y qué es lo que quiere?

—Soy agente del FBI, Chalmers. Y quiero saber la verdad de lo que está pasando.

—¿Y tenso que decírsela yo?

—¿Quién, si no? Usted tiene en su coche los cincuenta mil dólares que entregó la señora Henderson; tiene en los zapatos un barro que hay junto al muro trasero de la quinta; ha tenido oportunidad de estrangular a Cari Jones, de envenenar a Cooke, Mc Neill, Gillies... ¿Qué es todo esto, Chalmers?

—Está bien, Chaney, veo que no tengo más remedio que decírselo; es una jugada maestra.

—Oh... A ver, a ver...

—Una jugada para hundir a Mark Henderson. Anoche, en su yate, se efectuó una grabación que por sí sola bastaría para condenarle. Sólo que la voz que todos creerán que es de Mark Henderson..., no es su voz.

—No sé si entiendo...

—Se lo explicaré —dijo untuosamente Chalmers, tocándose el lazo de la corbata—. Ocurre que uno de nuestros hombres, Arthur Blundell, estaba vigilado. Eso era peligroso, de modo que le hicimos ir al yate de Henderson. Allá, se sostuvo la conversación que luego iba a producirme, de un modo particular, un millón de dólares, antes de hundir definitivamente a Henderson.

—Una conversación de espionaje, en la que se admiten cosas terribles, es cierto... La señora Henderson habría pagado por esa cinta un millón de dólares, sin duda. ¿Era para usted el millón,

Chalmers?

—Para mí solo, Chaney. Pero eso era aparte del plan para hundir a Henderson...

—¿Con qué fin?

—Bueno... Se trataba de... disolver el grupo que formábamos en Miami yo mismo, Arthur Blundell, Cooke, Mc Neill, Jones y Gillies. Las cosas se estaban poniendo difíciles. Entonces pensamos que sería una buena idea aprovechar los planes para liquidarlos a ellos de modo que Mark Henderson quedase... demolido. No se crea demasiado listo, Chaney: si está vivo es porque yo mismo ordené que Mc Neill y los otros dos estúpidos viniesen a buscarlo, y lo llevasen al *bungalow* de Henderson, de donde tenía que poder escapar con el magnetofón. Como no pudo hacer tanto, yo se lo dejé allí, después de envenenar a aquellos imbéciles que ya estaban «quemados» y podían ser apresados en cualquier momento. Lo tenía todo preparado para matarlos, de todos modos, pero la presencia de usted fue... providencial. Ellos creían que el millón de dólares, antes de arruinar la vida política... y de cualquier clase, de Henderson, iría repartido entre los seis: Mc Neill, Jones, Blundell, Cooke, Gillies y yo. Pero sabían demasiado y estaban muy comprometidos, ya que, estándolo Blundell, los demás irían cayendo. ¿No es cierto?

—Desde luego. Pero hay algo que no entiendo, Chalmers: ¿por qué delatar a Henderson por medio de la cinta magnetofónica? ¿No era más fácil matarlo, igual que a los otros?

—No sea tonto, Chaney: necesitábamos el asunto de la cinta, por varios motivos. Uno de ellos, que su esposa pagaría el millón de dólares. Otro, que una vez cobrado ese millón, delataríamos de todos modos a Henderson.

—No entiendo eso, lo siento.

—Es natural... Pero ya le dije antes que la voz de Henderson, «no es su voz». La que hay grabada en la cinta que tiene usted es una imitación hecha por un profesional que se dedica a imitar a otros artistas. Yo le grabé una cinta con la voz de Henderson, él la estudió y dijo que podría imitarla... ¿No cree que lo hizo bien?

En un instante, todo quedó explicado para Camillus Chaney. Pero insistió:

—Entonces..., ¿no es Mark Henderson el hombre que anoche se

entrevistó con Arthur Blundell en el yate?

—Desde luego que no. Se trata de un imitador, ya le digo, llamado James Watters. Tanto él como Blundell, se aprendieron el papel muy bien, y lo hicieron en el *living* del yate. Blundell creía que la pistola del imitador de Henderson estaba descargada, pero James Watters tenía orden de matarlo de verdad. Y yo lo grabé todo como si el asesino, con el cual había estado hablando Blundell, el espía vigilado, fuese el auténtico Mark Henderson.

—Y luego...

—Luego me llevé los dos cadáveres, tiré al fondo del mar el de James Watters y escondí el de Blundell. Y esta noche, mientras usted escapaba del *bungalow*, y después de asesinar a Me Neill, Cooke y Gillies, lo he vuelto a llevar al yate. Con el cadáver de Blundell allí y la cinta en poder de usted, Mark Henderson estaba definitivamente derrotado.

—Es cierto... Pero usted no cobraría el millón del chantaje.

—¡Mala suerte! Pero vale más perder algo de dinero que la vida. Y las cosas se han presentado así. Si esa cotorra de la señora Henderson no lo hubiese mezclado a usted en el asunto...

—Pudieron haberme matado a mí y seguir con el chantaje.

—¡No! De ninguna manera, Chaney: jamás se presentaría otra ocasión semejante para que los acontecimientos fuesen acusando a Henderson de un modo tan magnífico, tan natural... Todo era mucho mejor que enviar dentro de unos días la cinta al FBI o a la Casa Blanca...

—Claro. ¿Y por qué todo este interés en hundir a Henderson?

—Para que otro hombre, el que le sigue en posibilidades, ocupe su puesto en la Casa Blanca.

—¿Rock H. Dowdall?

—Es posible. Lo que sí le aseguro es que ese hombre lo planeó muy bien todo. Y no busque en su memoria. Chaney, porque no lo localizará, ya que jamás tuvo nada que ver con los que trabajamos para los soviéticos... Jamás hasta hace unos días, en que le propuse el asunto cuando comprendí que Henderson no lo aceptaría jamás.

—Es decir —musitó Camillus—, que Rock H. Dowdall ocupará ese puesto en la Casa Blanca y estará vendido al espionaje soviético...

—¿No vale eso lo que la vida de unos desdichados como

Blundell, Gillies, Jones, Cooke y Me Neill? Se suprimen bocas que pueden hablar y se mantiene un solo elemento, pero valiosísimo, en la Casa Blanca.

—¿Y cuál ha sido el precio de Rock H. Dowdall? —preguntó despectivamente Camillus.

—Un buen precio, Chaney. Y ahora...

Bruscamente, Chalmers, que había estado tocando su corbata de lazo, dio un tirón, y la pieza de termal salió del cuello, mostrándose cuan larga era. Al mismo tiempo, Hubert Chalmers golpeaba a Camillus en la ingle, con un pie. Fue un golpe contundente, brutal, que obligó al agente del FBI a caer de rodillas.

Chalmers pasó inmediatamente tras él y, ya asiendo el lazo con ambas manos, lo pasó por la garganta de Camillus, descruzando los brazos de modo que pudo empezar a tirar hacia los lados teniendo cruzada la corbata.

—Y ahora, Chaney —jadeó—, vamos a enterrarlo a usted en este lindo jardín... Y no se preocupe por la cinta magnetofónica: aunque la haya escondido, tengo más... La que usted ha estado oyendo es sólo una reproducción, claro...

¡Clock!

Hubert Chalmers notó el estallido en su cabeza, pero estaba tan obsesionado en estrangular a Camillus, tan desatados sus instintos asesinos, que continuó estirando, estirando, mientras jadeaba y el sudor resbalaba por su frente, grueso, copioso...

¡Clock! ¡Clock!

Esta vez. Tony Leopard no fue con miramientos, ni le importó que los golpes que daba con la pistola en la cabeza de Chalmers pudiesen o no partírsela en mil pedazos. Y Chalmers cayó al suelo, desvanecido, con unos hilillos rojos deslizándose desde su cabeza hacia el cuello, las orejas...

El inspector Gordon ayudó a Camillus a ponerse en pie.

—Cam... ¿Estás bien, Cam?

Camillus Chaney empezó a toser, pero una palmada de Leopard le hizo pasar la tos en el acto.

—Si tardáis unos segundos más..., me habría visto en apuros de verdad, Tony...

—No exageres... Nos dio la espalda y pudimos cogerlo vivo, que era lo que queríamos. Supiste sonsacarle bien, Cam... ¿Cómo te

sientes?

—Bien... Creo que bien. ¡Demonios, cómo apretaba el loco este!

—¡Pandilla de asesinos y miserables! —exclamó Gordon—. Mucha elegancia y posturas, pero a la hora de asesinar no se andan con remilgos. ¿Y qué me decís de Rock H. Dowdall? Ahí lo tenemos, en la fiesta del hombre al cual pensaba hundir para siempre, aniquilarlo. Y estará bebiendo su champán, sonriendo, hablando bien de él...

—No se irrite tanto —sonrió fríamente Tony Leopard—. Tenga en cuenta que se las está viendo usted con los elegantes. Hay asesinos que hacen pedazos a sus víctimas. Otros, como los elegantes, los dejan vivos por cierto tiempo..., pero tan destrozados, que más les valdría haber caído en manos de un asesino corriente...

—¿Por qué no te callas? —masculló Gordon.

—Sólo estoy intentando hacerle comprender que no hay asesinos más fríos, implacables y perversos que los elegantes.

ESTE ES EL FINAL

Bárbara Henderson sonreía, pero Camillus estaba seguro que tenía el corazón del tamaño de una moneda de cinco centavos.

—Dios mío... —Sonreía la dama—. Es... ¡es horrible esto, señor Chaney!

—Así es, señora... —sonrió Camillus—. Pero en el FBI también sabemos ser elegantes. Observe a su esposo... y al señor Rock H. Dowdall, que ahora está hablando con él... Mi jefe y un compañero se acercan a ellos. Les dirán que tienen un asunto personal e importantísimo con el señor Dowdall, sonreirán... y se lo llevarán.

La dama miraba hacia el grupo, sonriendo como si tuviese congelados los músculos faciales. Vio al tipo de mediana estatura y cabellos blancos con algo de calva, y al otro, al de los anchos hombros, cabellos color remolacha y ojos color pimienta acercarse a donde su esposo, mano a mano con Dowdall y rodeados de otros hombres, discutía, exponiendo sus convicciones. El de los cabellos blancos llamó la atención de Dowdall y le dijo algo, sonriendo. Sólo Bárbara Henderson captó el súbito cambio hacia la palidez cadavérica en el rostro de Dowdall. Pero, en seguida, recuperó su sonrisa. Regresó junto a Mark Henderson, dijo algo y se reunió con los dos hombres del FBI, sonriendo y saludando a todos.

Segundos después, los tres desaparecían hacia el aparcamiento.

—Dios mío... Es... es horrible.

—En efecto, señora Henderson.

—¿Cómo podría pagarle todo lo que ha hecho?

Camillus se limitó a sonreír, esta vez sinceramente,

espontáneamente. Y en aquel momento sonó la voz de Babbie tras él...

—Es inútil... —decía la muchacha—. Quisiera estar enfadada contigo, Camillus, pero no puedo.

—Haz otro esfuerzo... —rió Camillus—. Con voluntad, todo puede conseguirse. Oh, ahí viene tu padre. Creo que estoy expuesto a que me expulsen de malos modos de la quinta, por abusar de la hospitalidad de mi entrevistado.

Mark Henderson llegó junto a su esposa, su hija y Camillus. Pasó un brazo por los hombros de su hija y miró con el ceño pensativamente fruncido a Camillus.

—Le veo mucho con mi hija, muchacho... ¿No es usted el periodista que quería saber cosas... diferentes?

—Sí, señor Henderson, en efecto.

—Ah, bien... ¿Te diviertes, hija?

—Sí, papá, un horror. Por cierto que los muchachos están ya deseando salir a dar una vuelta...

—No vuelvas demasiado tarde... —indicó Henderson—. Y usted, joven...

—Se llama Camillus, papá. Camillus Chaney.

—Oh... Bueno: y usted, Camillus Chaney, pórtese bien. No soy un viejo gruñón, pero tampoco me parece bien que mi hija regrese al salir el sol. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, señor Henderson.

—Estupendo. Ven, Bárbara. Aprovechando que unos amigos de Dowdall lo han requerido para una reunión urgente, iré contigo a charlar unos minutos con las señoras. Un buen político tiene que saber hacer esto. Es importante, ¿no crees?

—Ah, Camillus: cuando escriba su artículo» diga bien claro que Mark Henderson es una persona decente, rodeado de personas decentes y dispuesto a ayudar a cualquiera. Póngale... calor humano. Diga que en mi casa todo es limpio, igual que lo será en mi política... ¿Le gusta la frase?

—Es... contundente, señor.

—Usted hará carrera... —rió Henderson—. Explique bien la fiesta: personas decentes, diversión sencilla, buenos modales, cordialidad y paz... Usted me entiende...

Camillus Chaney hubiese soltado una carcajada de buena gana.

Pero vio la implorante mirada de la señora Henderson y pensó que ella merecía un premio por su silencioso sufrimiento de aquellas horas, por su elegancia ante el peligro, por su reciedumbre moral, por su auténtica honradez.

—Verdaderamente, señor Henderson, pocas veces he asistido a una fiesta tan elegante... y llena de paz. Enhorabuena.

FIN

PLANO PERFECTO

**UN RELATO BREVE DE
Charles Castle**

¡Corten!

La voz del director sonó tajante e imperiosa.

A su conjuro se detuvo la acción del rodaje en la nueva producción que se estaba llevando a cabo en los estudios.

El director, hombre de unos cuarenta años, estatura muy corta, calva destacada y ademanes nerviosos, abandonó el sillón de lona plegable y se dirigió hacia los protagonistas de la escena todavía no conseguida.

La escueta distancia que le separaba de la pareja, pareció alargarse, a juzgar por lo mucho que tardó en recorrerla. Se diría que el silencio nacido tras su orden, era algo tangible, denso, espeso, que había rellenado el ambiente a través del cual caminaba míster Harald, el director cinematográfico.

La masa de intérpretes, técnicos y operarios que rodeaban el escenario preparado a efectos del guion, también parecía fundida en el silencio, quizá todavía más que cuando de los labios del diminuto hombrecillo brotaba la palabra, casi mágica, de «acción» y las cámaras empezaban a funcionar.

Era una visión extraña la que el conjunto presentaba. Cerca de cincuenta personas convertidas en momentáneas estatuas, y una de ellas, la más insignificante, en apariencia, era el único ser con movimiento en aquel cuadro de quietud.

Pero para los habituales del estudio, la inmovilidad estaba justificada. Todos alcanzaban a comprender la tormenta que se avecinaba, porque cuando míster Harald se mantenía en su sillón, pese a que gritase, aunque repitiera las órdenes, acompañándolas incluso de denuestos, todo iba bien.

Mas si la diminuta figura se ponía en movimiento..., nadie era capaz de predecir lo que pudiera ocurrir: desde un ataque de histerismo de la estrella, pasando por el despido del último operador hasta la suspensión de la película..., todo era posible.

El director había llegado a su punto de destino y afianzándose sobre sus cortas piernas, balanceó levemente su cuerpo, en tanto que parecía sujetar con el fulgor que sus pupilas despedían a las dos personas que permanecían, inmóviles, ante él.

La mujer entrecruzó sus manos, en gesto instintivo y nervioso,

que para los espectadores podía significar algo así como que se disponía a pedir, implorando, al hombrecillo, que no prolongase más su silenciosa mirada.

—¿Puedo preguntarles... si se han molestado en leer el guion...?

—La pregunta fue hecha con voz suave, ligeramente aflautada, pero los que ya conocían aquel tono de voz, sabían del venenoso aguijón que llevaba escondido.

No recibió respuesta y él continuó:

—¡Sí! ¡Lo han leído..., pero de ahí no han pasado! ¡Leer, leer...! ¡Eso es lo que son ustedes: lectores de guiones! ¿Actores? ¡Puaf!

Hizo un gesto despectivo al tiempo que dejaba oír una risita sencilla, que tenía el mismo eco de una sarta de bolitas metálicas derramadas sobre un cristal, tomando nuevamente movimiento la figurilla.

Había colocado las manos a su espalda y caminó dos pasos a su derecha, cuatro a su izquierda, para volver luego al punto de partida.

—Está bien... Vamos a admitir que ustedes no son actores. ¿Y qué...? ¿Creen que por ello no se va a realizar la película? ¡Pues se equivocan! ¡Habrà película... porque hay director! ¿Lo van entendiendo?

Los dos primeros actores continuaban escuchándole inmóviles, e hicieron un breve gesto de asentimiento que pareció agradar al hombre que se dijera los mantenía hechizados, impidiéndoles escapar al sortilegio de su mirada helada y dura.

Continuó hablando, escuchando sus propias palabras:

—Todo es cuestión de paciencia y éste es un don que precisa todo buen director... ¡Y yo lo soy! Veamos: ¿qué estamos intentando conseguir...? Una escena. ¿Cuál? Para ello tenemos el guion...

Se interrumpió en su discurso y dirigió la vista junto a su vacío sillón.

Una joven, de agradable presencia, que ocupaba el asiento próximo, se levantó, acercándose a su jefe y llevando entre sus manos un legajo de folios, que formaba el guion de la película. Lo presentó abierto por la página que interesaba consultar.

—¡Léame! —ordenó el hombrecillo.

La muchacha titubeó unas décimas de segundo, pero

rápídamamente dio comienzo a la lectura de la parte que le había sido solicitada.

—«Arturo ha descubierto la infidelidad de Helen y va a matarla...»

—¡Basta! —chilló el director—. ¿Han oído? —dijo preguntando a los actores—. Creo que es suficiente... ¿O me equivoco?

Esperó una respuesta que no le llegó y continuó:

—Arturo, que es usted —dijo al actor, tocándole en el pecho con la punta de su dedo índice, como si se tratara de un florete—, ha descubierto que está casado con una mujer que le es infiel... ¡In-fiel! ¿Se da cuenta? Por tanto, tiene que matarla... ¡Ma-tar-la! —recalcó—. Y usted —dijo a la mujer—, sabe que la van a matar, conoce la causa que la lleva a la muerte y que nada ni nadie mediará para salvarla... ¿Siguen dándose cuenta...?

Dio un nuevo corto paseo para proseguir:

—Pues eso, solamente eso... es lo que quiero que hagan ustedes... ¿Verdad que no pido mucho? Pues, ¡adelante! Vamos a repetir la escena, esta vez estando yo aquí a su lado...

Los actores le miraron con algo de confusión, pero no se atrevieron a desobedecer la orden. Ambos conocían sobradamente la escena, los lugares que debían ocupar y el último movimiento rodado anteriormente.

El hombre fijó su mirada en la mujer, intentó enturbiar su mirada y crispando sus manos avanzó hacia ella, elevando los brazos para que los engaritados dedos pudieran alcanzar la garganta femenina que rehuía el encuentro...

—¡No! ¡Así no! ¡Por todos los cielos, que no es así! ¡Yo quiero algo real!... Y todo cuanto hacen, carece de ella, se comportan como si estuvieran jugando... ¿Es que no me ha escuchado, señorita...? El no viene a ofrecerle una orquídea, sino a matarla... Usted lo sabe y sabe que merece la muerte... ¿Piensa morir con ese rostro sonriente...? ¿No puede alcanzar a imaginar lo que es el terror...? ¿No puede llevar a sus ojos la luz negra de una angustia mortal...?

Dando la espalda a la mujer, se encaró con el hombre.

—¿No es usted un hombre? ¿No puede situarse en la postura del que ha sido escarnecido, vilipendiado, deshonorado... por esta mujer? ¿No puede alcanzar a sentir en sus dedos la quemazón

placentera de la venganza...?

El actor asintió, para dar un respiro al director, al que veía sofocado por el esfuerzo que estaba realizando para conseguir que la escena saliera a su gusto. Pero mister Harald continuaba:

—Piense que en esa fina garganta está la paz que le han robado... Deje a un lado ese gesto de galán enamorado y busque el necesario para ir a ofrecerla... la muerte. Primero, la matará, y luego saciará todo el odio que ha incubado su pecho, tomando el estilete que debe llevar en el bolsillo y destrozando todo cuanto haya podido haber de bello en ese rostro... Así, fíjese cómo lo hago yo...

El director empujó a un lado al actor y ocupó su posición. De no haber sido por la tensión invisible que se respiraba, los improvisados, espectadores hubieran lanzado una sonora carcajada ante la ridícula figura que ahora sustituía al galán y en la que imaginaban la dificultad que iba a tener para alcanzar con sus cortos brazos el nacarino cuello de la esbelta joven que hacía de primera actriz.

Pero había algo en la figurilla que impedía a la risa su natural nacimiento... Era la especie de diabólico resplandor que emanaba de los ojos de mister Harald, o quizá el cruel rictus que fruncía de forma apreciable sus labios, pero fuera cual fuese la causa, les hizo enmudecer y hasta tuvo el poder de contener algunas respiraciones.

La misma «estrella» no pudo resistir la intención de su mirada y dio un paso atrás... Esta reacción ya estaba prevista por el autor del guion y un mueble le cerró el paso para que el hombrecillo pudiera, al fin, alcanzarla...

La escuálida figura pareció agigantarse y la que resultaba empequeñecida por el temor era la mujer. Un brillo de angustia iluminó sus ojos y de sus labios escapó un grito de pánico que hizo estremecer a cuantos le escucharon.

—¡Magnífico! —dijo el director, volviendo a su puesto—. ¿Se han dado cuenta de lo que yo quiero...? Pues eso es lo que tienen que hacer... ¡y ahora mismo! Les aseguro que es muy fácil realizarlo con éxito...

Había una mueca sardónica en su semblante, mientras que entre el personal auxiliar se levantaba un leve moscardoneo de comentarios, que fue cortado de raíz por nuevas órdenes.

—¡Preparado todo el mundo! ¡Empezamos!

Una mujer de cierta edad, que ocupaba una de las secretarías de los estudios, se aproximó al lugar del rodaje.

—Perdón, míster Harald... Hay unos señores...

—¡No me molesten! ¡No quiero ver a nadie!

—¿Es usted Lewis Harald? —preguntó uno de los hombres que había seguido a la secretaria.

—¡Echad fuera a estos hombres! ¿No tengo prohibido que haya extraños mientras ruedo...?

—Lamento que nadie pueda obedecerle, míster Harald... Somos agentes federales...

—¿Federales? ¿Y por qué me molestan?

—Le detengo, en nombre de la ley, como presunto asesino y mutilador del cadáver de su esposa... Ya nos ha ofrecido usted una magnífica prueba de cómo debe hacer una cosa así... Le prevengo que cuanto diga, a partir de este momento, podrá ser usado contra usted... Y, ahora, síganos, sin ofrecer resistencia alguna...

FIN

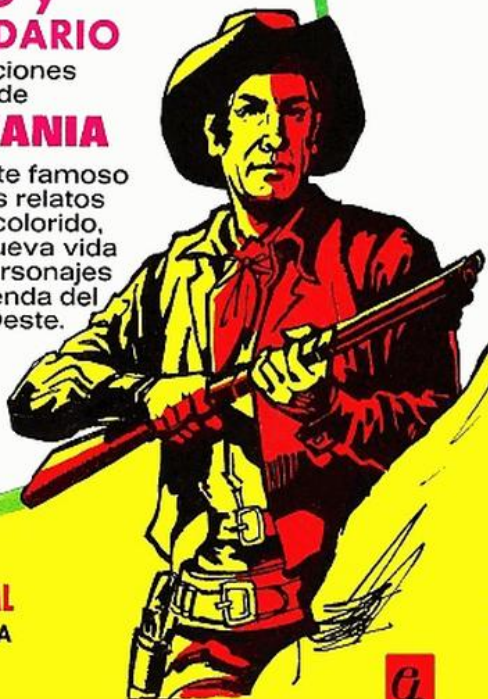
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...